

Presentación. Dos manifiestos de la Gran Guerra

La Gran Guerra y los diversos y enfrentados avatares de la racionalidad poliética

Salvador López Arnal

UNED

*Para el amigo y maestro Alejandro Andreassi,
ciencia con conciencia*

Ivanov se acercó a su mujer, la rodeó con los brazos y permaneció pegado a ella, inmóvil, sintiendo el calor olvidado y familiar de la persona amada... Mientras él estaba allí sentado, toda la familia trajinaba en la sala y en la cocina, preparando un festín. Ivanov examinó, uno tras otro, todos los objetos: el reloj, el aparador con la vajilla, el termómetro de pared, las sillas, las flores en los alféizares, el fogón de ladrillo. Aquí habían vivido durante mucho tiempo, y aquí lo habían echado de menos. Ahora había vuelto y los miraba, empezaba a conocerlos de nuevo, como si fueran parientes cuyas vidas habían sido tristes y solitarias sin él. Respiró hondo y sintió el olor de la casa, conocido e inalterable: a madera que arde lentamente, al calor del cuerpo de sus hijos, al humo de la chimenea. Este aroma era el mismo de hacía cuatro años, no se había disipado ni cambiado en su ausencia. En ningún otro lugar había sentido Ivanov este olor, aunque en el curso de la guerra había estado en varios países y cientos de hogares; los olores allí habían sido otros, siempre les faltaba esa cualidad especial que tenía el de su casa.

Platónov; “El río Potudán”
(1937)

Si bien no imaginaba algo parecido al desastre total que fue la guerra [I Guerra], sí había barruntado mucho más que la mayoría de la gente... Tuve que reconsiderar mi opinión sobre la naturaleza humana. Aunque por aquel entonces desconocía el psicoanálisis, llegué por mi cuenta a tener una idea de las pasiones humanas que no difería en mucho de la opinión de los psicoanalistas. Llegué a estas conclusiones en mi afán de comprender el sentimiento popular respecto a la guerra. Hasta ese momento siempre había creído que era algo normal que los padres amasen a los hijos, pero la guerra me persuadió de que ese sentimiento era una rara excepción. Había creído que a la mayoría de la gente le gustaba el dinero por encima de casi todo, pero descubrí que la destrucción les gustaba todavía más. Había creído que con frecuencia los intelectuales amaban la verdad, pero también aquí comprobé que ni el diez por ciento de ellos prefieren la verdad a la popularidad. Gilbert Murray, que había sido un buen amigo desde 1902, había estado a favor de los boers cuando yo no lo estaba, por lo que naturalmente me imaginé que estaría nuevamente del lado de la paz. Sin embargo, incluso él se puso a escribir sobre la perversidad de los alemanes y las virtudes sobrenaturales de sir Edward Grey. Me invadió una ternura desesperada hacia los jóvenes que iban a ser sacrificados, y un odio hacia todos los gobernantes de Europa. Durante algunas semanas sentí que si me llegaba a encontrar con Asquith o con Grey no sería capaz de evitar asesinarlos. Sin embargo, poco a poco estos sentimientos personales fueron desapareciendo, barridos por la magnitud de la tragedia y por la constatación de una fuerza popular que los gobernantes no hacen más que desatar.

Bertrand Russell (1968), *Autobiografía 1914-1944* (vol. II)

I. BEFORE THE RAIN.¹

Se doblaron el número de obreros y artesanos en Alemania entre 1882 y 1907. De 4,8 millones se pasó a 10,6 millones. En 1914, al inicio del gran estallido, los sindicatos alemanes agrupaban a unos 2,5 millones de trabajadores, una cuarta parte de la clase obrera germana. Los trabajadores alemanes vivían de media 45

¹ Tomo pie aquí en trabajos inéditos que me han sido facilitados por el científico, activista e historiador de la UAB Alejandro Andreassi; en Canfora (2014) y en Viega y Martín (2014).

años (Fay 2014), una cifra sustantivamente menor al finalizar la Gran Guerra². En Berlín, a principios de siglo, el 43% de las familias obreras, con cuatro o cinco hijos en ocasiones, vivían en una sola habitación.

Entre 1871 y 1914, la población francesa se mantuvo constante (unos 40 millones de personas), mientras Alemania aumentó la suya 25 millones (eran 65 millones en vísperas de la guerra). Francia invertía sus ahorros en el exterior; el ahorro alemán alimentaba el desarrollo industrial del Reich. De 1865 a 1895, mientras la producción industrial germana se triplica, Francia aumentaba la suya apenas un tercio. Gran Bretaña dominaba los mares con su flota. Seguía siendo además, con gran diferencia, la primera potencia financiera del mundo. Su ahorro se invertía en su inmenso imperio colonial, un imperio que atraía, como también los Estados Unidos, una buena parte del flujo de emigrantes llegados de toda Europa.

La mayor parte de los teóricos socialistas de antes de 1914, Karl Kautsky, el “otro Karl”, es un ejemplo destacado –también Lenin por supuesto- habían conjeturado que “el ultraimperialismo” podía desembocar en una explotación concertada del planeta entre las principales potencias industriales. Era también la convicción de Jean Jaurès, el luchador socialista asesinado³: el capitalismo llevaba la guerra en su seno como la nube lleva la tormenta. Así lo había afirmado tiempo atrás en el congreso de la II Internacional celebrado en la catedral luterana de Basilea.

A pesar de esas tensiones estructurales, y no sin dificultades ciertamente, los conflictos de años anteriores –crisis de Marruecos entre Francia y Alemania en 1905 y 1911, guerras balcánicas de 1912,...- habían podido ser atajados. No habitaba el olvido sobre la guerra entre Estados Unidos y España⁴. Ni sobre el hecho de que en 1900 Pekín había sido ocupada por un cuerpo expedicionario occidental dirigido por el mariscal Von Waldersee. Tras duros enfrentamientos, los ingleses habían vencido a los boers de Sudáfrica en 1903. Japón, por su parte, había derrotado al ejército y la flota rusos en Manchuria (también en Tsushima en 1904-1905). Sin embargo, todos estos conflictos, de indudable importancia y mortandad, habían quedado circunscritos al ámbito regional. Podían ser

² En otro orden de cosas, entre 1917 y 1918, la mortalidad infantil entre 1 y 5 años aumentó en Alemania más de un 30%.

³ Para una aproximación de la veterana historiadora francesa, Madeleine Rebérioux, a la figura de Jaurès –“Jaurès, Trotsky y la primera G. M.”-, junto a una película del realizador y escritor Jean-Daniel Verhaege, "Jaurès, naissance d'un géant", véase <http://alencontre.org/laune/histoire-jaures-trotsky-et-leclatement-de-la-premiere-guerre-mondiale.html>.

⁴ Que tuvo de abandonar, como se recuerda, Cuba y Filipinas.

considerados, con impropio lenguaje, como ajustes en el equilibrio entre potencias. Rusia, por ejemplo, había firmado la paz cediendo Port Arthur a Japón.

No reinaba en Europa una atmósfera propiamente pacífica. Desde luego. En los Balcanes, el retroceso del Imperio otomano y el despertar de las nacionalidades eslavas (Serbia, Bulgaria) u ortodoxas (Grecia, Rumania) debilitaban al Imperio de los Habsburgo y atizaban su rivalidad con el Imperio ruso, que veía abrirse ante sus ojos la ruta de los estrechos y el libre acceso al Mediterráneo, aunque el Bósforo y los Dardanelos eran objeto, desde la guerra de Crimea, de convenios internacionales que garantizaban a todos los países el derecho de paso.

La “primera mundialización” revestía otro cariz para los llamados pueblos “de color”. El “reparto colonial” de una Europa que tenía todavía en aquel entonces el 20% de la población mundial estaba prácticamente acabado. Aparte de Etiopía, Siam y Afganistán, que habían conservado su independencia, la colonización era el común destino de todas aquellas naciones. Cuando no estaba todavía formalmente establecida, irrumpía una dura competencia por el reparto de las zonas de influencia. En América Latina⁵ la presencia financiera de Inglaterra convertía a grandes países como Argentina en protectorados de hecho.

Así, pues, ¿existían motivos reales para inquietarse en la primera década del pasado siglo? ¿Se acercaba, de forma inexorable, la temida y terrible tormenta de la que había hablado Jaurès? No de entrada. La paz inestable, con numerosos e inadmisibles nudos de injusticia, dominio y explotación, parecía momentáneamente asegurada. ¿Quién podía tener interés en romper la más que difícil madeja, estrechamente imbricada, de las relaciones comerciales y financieras internacionales? Ante el ascenso del Imperio alemán, Gran Bretaña se había acercado a Francia (Entente Cordial, 1904) y luego a Rusia (Triple Entente, 1908, una relación a dos bandas). Londres se había guardado muy bien de asumir compromiso alguno de apoyo automático a sus aliados en caso de agresión y se había negado a conceder a Alemania el beneficio de su neutralidad “en toda circunstancia”. Gran Bretaña seguía celosa de conservar “las manos libres”. El equilibrio de fuerzas entre la “Triple Alianza” (Alemania, Austria-Hungría, Italia) y la “Triple Entente” (Francia, Rusia, Inglaterra) parecía garantizar la paz... en Europa.

Por lo demás, y no sin diferencias importantes como veremos más tarde, la denominada, no siempre con límites precisos, “cultura europea” acercaba

⁵ La observación es del Lenin de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

parcialmente entre sí a las élites de todos los países, casi tan estrechamente como se había tejido en paralelo la comunidad de los negocios. Era poco probable que un conflicto, si llegaba a despuntar en el horizonte, no pudiera ser frenado y reconducido. Todos los intereses en juego de los Imperios y grandes naciones parecían confluír en ello. Aunque no se prestó atención a la sorda evolución de las relaciones de fuerza y las cláusulas de los pactos de la diplomacia secreta y los acuerdos de los estados mayores no eran conocidos por las opiniones públicas, nada a primera vista parecía apuntar a una guerra de dimensiones mundiales.

Más aún. Incluso después del asesinato del príncipe heredero de la corona imperial y real de los Habsburgo, inicialmente conocido como “incidente de Sarajevo”, la marcha usual de los acontecimientos se mantuvo inalterada. Guillermo II fue de viaje a los fiordos noruegos; Raymond Poincaré, presidente de la República Francesa, acompañado de su primer ministro, René Viviani, acudió a un crucero que debía llevarlos sucesivamente a San Petersburgo, Estocolmo y Copenhague. Incluso el undécimo Tour de Francia no se interrumpió; finalizó el 26 julio.

De hecho, desde el punto de vista de las finanzas internacionales, la inestabilidad del mercado internacional de bonos se había reducido fuertemente en los años que antecedieron a 1914. Sólo se produjo un fuerte descenso en la semana posterior al ultimátum, cuando empezó a cundir la alarma. Aún así, como ha señalado Niall Ferguson, los bonos británicos cayeron inicialmente sólo un 7%, los franceses un 6% y los alemanes un 4%. La aceleración en caída libre se produjo el 27 de julio, cuando empezaron a cerrarse las bolsas europeas y los inversores sacaron enormes cantidades de dinero.

Pero de repente, inesperadamente, irrumpieron infernales huracanes de acero y muerte de dimensiones insospechadas hasta entonces. Nunca una tormenta humana de destrucción, irracionalidad, crimen y terror había arreciado con tanta fuerza en la esfera política. La guerra generalizada, en versión desconocida, hacía acto de presencia como un inmenso y dañino alud incontrolable. Indeseadas y terribles campanas de muerte sonaron por toda Europa.

II. PAISAJE DESOLADO TRAS UNA LARGA, DURA, MORTÍFERA E INÚTIL BATALLA

Acabada una guerra que movilizó entre los estados beligerantes a más de 74 millones de personas (con 10 millones de muertos, 19 millones de heridos, 10 millones de mutilados, 9 millones de huérfanos, 5 millones de viudas, 10

millones de refugiados, caída de tres imperios, etc.), Alemania, toda Europa en general, presentaba un duro paisaje de desolación, especialmente para los ciudadanos más vulnerables, un destrozado y ruinoso territorio tras un enfrentamiento militar sin precedentes históricos. Un ejemplo:

Las fuerzas políticas europeas, incluyendo en ellas a la mayoría de organizaciones socialistas, se habían embarcado en aquella guerra de modo inconsciente, temerario, sin pensar detalladamente en las posibles consecuencias (Canfora 2014). El resultado de aquella “matanza inútil”, en palabras de Benedicto XV, fue, sin olvidar algún nudo falsador, una transformación radical y fuertemente reaccionaria del continente europeo y de la geopolítica mundial, un enorme espasmo, se afirmó, del sistema capitalista, seguido de la segunda depresión en los años treinta y de una Segunda Guerra, mucho más cruenta aún, a continuación. Los Estados Unidos de América pasaron a ser desde entonces el gran Imperio mundial.

La involución autoritaria, ha señalado Canfora, empezó de hecho tras el estallido de la guerra. Con ella, la política se suspende y se pasa “a otro tipo de gestión de la cosa pública”. La transformación de lo que en algunas instancias de poder se pensó o publicitó como guerra relámpago⁶ en una guerra prolongada de desgaste y destrucción incrementó esa involución reaccionaria y con ella, como si se tratara de una constante histórica, la irrupción de grandes e incontrolados poderes no democráticos.

En el caso de la Alemania guillermina, ese poder no democrático fue ejercido, sobre todo, por el alto mando. Entre sus miembros más destacados, el general

⁶ Rouzeau (2014), uno de los grandes especialistas franceses en la I Guerra, ha señalado: “Los estados mayores eran conscientes de que podía ocurrir una nueva forma de guerra, y eso desde la guerra ruso-japonesa que todos habían escudriñado atentamente. Sobre todo la batalla de Mukden de febrero-marzo de 1905: de pronto, pareció que la batalla desaparecía, los ejércitos quedaron inmovilizados y enterrados”. El mito de una guerra muy ofensiva y muy breve, que inspiraba los planes de los estados mayores en vísperas del conflicto, “era una forma de negar la obsesión de que se reprodujera dicho esquema. Habían visto en que se convertía un ejército que se enterraba. Y luego, queriendo evitar la trampa de enterrar a las tropas, han caído en ella”. A partir de otoño de 1914, por lo menos en la frontera oeste, se instaló un interminable asedio de casi 700 kilómetros de largo a campo abierto. “Las causas de esta inmovilización son las mismas que las de la guerra ruso-japonesa: la intensidad de fuego (el cañoneo de una artillería completamente renovada, en particular) que obliga a enterrarse.”

Erich Ludendorff, conocido como “héroe de Lieja”, y el mariscal Paul von Hindenburg. El primero sería años después el organizador e inspirador del push del Partido nazi de 1924. El segundo llegó a ser presidente de la República alemana, encomendando a Hitler la formación del gobierno en enero de 1933 cuando el partido nacional-socialista estaba muy lejos de la mayoría parlamentaria⁷.

La atmósfera antidemocrática imperante también se reflejaba en las instituciones, en los propios parlamentos. Elegidos antes de la guerra, seguían en funciones. El Reichstag, constituido en 1912⁸, con fuerte presencia socialdemócrata, siguió con la misma composición -y funciones más bien decorativas- hasta el final de la contienda.

La formación del gobierno alemán corrió a cargo de Bethmann-Hollweg, alarmado o aparentemente alarmado porque la guerra, a pesar de la imperial e ilegal invasión de Bélgica, no estaba siendo rápida pero, sobre todo, porque el alto mando, sin aprobación parlamentaria, se había lanzado a un nuevo tipo de enfrentamiento bélico, la guerra submarina. Inmenso error de Alemania. A pesar de disponer de grandes acorazados, la armada germánica no era capaz de medirse con el poderío naval inglés. Su arma secreta, “la guerra submarina indiscriminada”, con potenciales ataques a barcos de un país no beligerante, fue un paso más hacia el abismo. El propio Hollweg fue contrario a la idea. La guerra submarina, “la expedición alemana a Sicilia” según sus palabras, le dio a Estados Unidos una coartada perfecta para intervenir. Lo hizo en septiembre de 1917. La más que probable razón de fondo: el desplome del frente ruso, la revolución de febrero de 1917, la dificultad de la nueva república rusa para seguir enfrentándose a Alemania, abría la posibilidad de que los imperios centrales europeos pudieran resultar vencedores del conflicto. Estados Unidos, como Inglaterra, no podían admitir una Europa germanizada.

Algo esencial irrumpió en el desarrollo y finalización del conflicto. De una parte, un vértice revolucionario a favor de la paralización de la matanza. Lo que había sido meramente un amago, la afirmación, inicialmente sin trascendencia social,

⁷ En las elecciones de noviembre de 1932, con una participación del 80,58% del electorado, el NSDAP consiguió 196 escaños de un total de 584. La suma de escaños del SPD y del KPD fue de 221, 25 más que el NSDAP. Los votos de estas dos formaciones superaron los 13.232.000; el partido nazi consiguió 11.737.395 votos, un millón y medio menos.

⁸ El SPD se convirtió en 1912 en la primera fuerza del Parlamento alemán: 110 diputados de un total de 409.

por una pequeña, valiente y lúcida minoría de que el verdadero enemigo del pueblo alemán era su propio gobierno, se convirtió poco a poco en una tesis que arraigó, que llegó a ser fuerza consistente. La prolongación de la guerra, las dimensiones de la muerte y los crímenes en el conflicto, y inesperado el triunfo de la revolución bolchevique fueron aristas centrales en aquella situación. El Partido Socialista alemán se rompió y Hugo Haase formó el Partido Socialista Independiente (USPD).

Antes de ello, el 10 de noviembre de 1918, en la víspera del armisticio, hubo un pacto secreto entre Friedrich Ebert, el futuro nuevo canciller del Reich⁹, dirigente del ala mayoritaria del SPD, y Gröner, el general que había reemplazado a Ludendorff el 26 de octubre. El acuerdo preveía la ayuda de la Reichswehr para aplastar a los espartaquistas y reducir la disidencia de Karl Liebknecht y del ala izquierda de la socialdemocracia, ¡el partido de Ebert!

De otra parte, la otra cara dura y peligrosa del espectro: la irrupción del nacionalismo más agresivo, la formación del Partido de la Patria, el *Vaterlandspartei*. Canfora (2014: 137) lo describe así:

El Partido de la Patria llegó a ser el mayor partido de masas reaccionarias, cuyo único credo y cuya única razón de ser fue un obstinado afán por alcanzar los objetivos de guerra anexionistas. Fue el grupo de presión más fuerte que llegó a existir en la realidad alemana durante la guerra. ¿Quién capitaneaba este partido? El mariscal Hindenburg, que era su presidente “por naturaleza, que presidía sus reuniones públicas, que gobernaba de hecho, haciendo caso omiso de la autoridad del parlamento.

Fue el primer experimento histórico de un partido reaccionario de masas. Continuó en las dictaduras fascistas de los años veinte y treinta. Y con todo ello, una diseñada y extendida conjetura que intentó ubicar las fuerzas de izquierdas en la cuneta de la historia, la “teoría” de la *Dolchstosslegende*, la leyenda de la puñalada. El ejército alemán estaba combatiendo heroicamente, podía dar un vuelco a la situación, podía ganar la guerra, se garantizaba de este modo el bienestar del “pueblo alemán”, se ampliaban los territorios del Reich,... pero el criminal golpe por la espalda asestado por socialistas extremistas probolcheviques

⁹ El 11 de diciembre de 1918, cuando las tropas estaban volviendo del frente, Ebert las acogió con estas significativas palabras: “¡Recibid mi saludo, vosotros a quienes ningún enemigo ha vencido sobre los campos de batalla!”.

lo impedían. Eran, verdaderamente, ¡traidores al país, negadores de la Patria!

El mensaje nacionalista-conservador perduró durante años. A las fuerzas de izquierda se les hizo responsables de la catástrofe nacional. Son conocidos los nombres de los principales propagandistas de la falsa leyenda: Ludendorff, Hindenburg y, con ellos, la prensa alemana de derecha extrema actuando como caja de resonancia.

Por supuesto: este nacionalismo agresivo de las élites no fue de ninguna de las maneras una característica alemana en exclusiva. Un caso francés (Ibíd.: 131-132):

El mundo católico sintonizaba con el pontífice Benedicto XV. Aunque puede parecer sorprendente, admite Canfora, pero “ningún soberano es tan absoluto como para gobernar realmente sobre todos sus súbditos”. La realidad eclesial católica francesa también se dividió.

En la Francia de esos años, una organización católica se presentaba como una asociación humanitaria. Estaba dirigida por una personalidad prestigiosa y acreditada del clero, el futuro cardenal, entonces obispo, Alfred-Henri-Marie Baudrillard, descendiente de una de las grandes familias francesas, de Sylvestre de Sacy, “vinculado a los círculos dirigentes, miembro eximio del Institut Catholique”. Baudrillard dejó un diario –conocido por *Carnets*– que se ha publicado estos últimos años, nueve volúmenes con miles y miles de páginas. Una fuente imprescindible para los historiadores.

Canfora cita dos pasajes de autoría cardenalicia que se sitúan al principio y al final de la guerra. El primero, de 2 de agosto de 1914. “Se anuncia que mañana tendrá lugar el funeral, el entierro de Jean Jaurès” [que había sido asesinado por un nacionalista francés por oponerse a la guerra]. Baudrillard añade: “él también es uno de los culpables de la triste situación presente, y habría sido mucho peor si se hubiera hecho caso de las ideas de Jaurès. *Para el bien general ha sido una cosa excelente que haya desaparecido la víspera del conflicto*” (al que podemos sumar este de 16 agosto, publicado en *Le Matin*: “Creo que estos acontecimientos son muy afortunados, los llevo esperando hace cuarenta años. Francia se rehace, y en mi opinión, no podría rehacerse sino mediante la guerra, que la purifica”).

Llegamos al 5 de mayo de 1918. Es de nuevo su excelentísima, el cardenal Baudrillard, quien escribe: “La inconcebible y criminal audacia de una parte de los socialistas franceses quiere celebrar el centenario del nacimiento de Carlos

Marx¹⁰...Ellos dicen, los socialistas franceses, que los socialistas alemanes en su momento lloraban por Jean Jaurès: ya lo creo, Jaurès habría paralizado con su acción nuestra defensa nacional”¹¹.

Tenaces y en absoluto marginadas voces reaccionarias que agitan espíritus y tempestades. Pero, ¿cuál fue la causa desencadenante, la más inmediata, la que que provocó el gran y criminal estallido?

III. UNA CHISPA CRIMINAL, AISLADA, QUE ENCENDIÓ UNA INMENSA PRADERA.¹²

28 de junio de 1914, un grupo de activistas de la organización Joven Bosnia, mayoritariamente serbios de ideología panserbia, asesinan al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono del Imperio austro-húngaro. El 23 de julio, Viena envía un ultimátum a Belgrado. Berlín apoya las pretensiones del Imperio aliado. El 25 de julio, Rusia comienza la movilización de sus tropas en la frontera. Ese mismo día, el gobierno serbio ordena la movilización de su ejército. El 28, Austria-Hungría declara la guerra a Serbia e inicia la movilización. El 1 de agosto Francia y Alemania dan comienzo a la movilización general. Ese mismo día, el imperio guillermino declara la guerra a Rusia; el día siguiente, 2 de agosto,

¹⁰ Un alemán, el motivo por el que la iniciativa le parecía delictiva al ecuánime y más que temperado Cardenal.

¹¹ Señala Canfora (2014: 122-123) y es difícil expresarlo mejor: “No se ha reflexionado lo suficiente sobre lo que supuso la guerra dentro de cada país; quizá sea el arte cinematográfico, con su fuerza expresiva, el único que a veces puede darnos una idea. Sobre esa terrible guerra hay una película de un gran director, un genio de la filmografía mundial, Stanley Kubrick, que se titula *Senderos de gloria* (Paths of Glory) y relata un castigo feroz en el frente francés, la ejecución de unos soldados elegidos al azar para dar un escarmiento a la tropa que había fracasado en un asalto –un combate cuerpo a cuerpo con bayoneta- en la guerra de trincheras”. La película de Kubrick, prosigue Canfora, “es una tragedia griega por su belleza, por su sencillez, y explica, creo yo, mejor que cualquier alegato, mejor que cualquier evocación histórica, cuál fue el resultado de la decisión irresponsable que tomaron los socialistas en ese momento, empezando por los alemanes.” La novela de Humphrey Cobb ha sido publicada recientemente por Capitan Swing, Madrid, 2014.

¹² Véase Canfora (2014), Veiga y Martín (2014) y Chevènement (2014).

declara la guerra Francia¹³. El 4, Londres declara la guerra a Berlín. Comienza la conflagración general. Japón se incorpora a ella, apoyando el bando aliado, dos semanas después¹⁴.

Podemos verlo con algo más de detalle.

1914, 28 de junio. Francisco Fernando, archiduque de Austria, hijo del emperador Francisco José, alto grado del ejército austriaco, visita la región bosnia, entonces parte del imperio austro-húngaro. Sin entusiasmo. Sabe que se va a encontrar un ambiente poco agradable. Decide ir, es el heredero del trono a pesar de que no goza del favor de su padre, del viejo soberano¹⁵.

Francisco Fernando viaja acompañado de su esposa. Al cruzar las calles de Sarajevo se encuentra en situaciones embarazosas. Alrededor del cortejo unas muchedumbres, más o menos reclutadas, manifiestan su oposición a Serbia, el país enemigo, el estado eslavo que se ha declarado independiente y que en esos mismos días conmemora la trágica batalla de Kosovo. Celebran el heroísmo, el supuesto heroísmo de aquellos días lejanos.

La ciudad está llena de extranjeros. En el coche del heredero viajan el comisario del gobierno, el alcalde de la ciudad y el gobernador de Bosnia-Herzegovina, Potjorek. A las 11:30, mientras avanza el automóvil por las calles, suena el disparo de un fusil. Los participantes no se dan cuenta de lo que ocurre. Un pequeño objeto, una bomba, cae detrás de la pareja real; choca con la pared del vehículo y, finalmente, rebota hasta el coche que va detrás. Dos oficiales resultan heridos. Les socorren. Se ha lanzado una bomba de mano contra el coche del archiduque. Han fallado, no han conseguido su objetivo.

¹³ Eso sí, con la letanía de siempre. Raymond Poincaré: “La movilización no es la guerra. En las circunstancias presentes aparece, por el contrario, como el mejor medio para asegurar la paz con honor” (Tardi 2010: 7).

¹⁴ Tomaron base para ello en una interpretación más que estricta de su reciente acuerdo con Gran Bretaña. Su razón de fondo: mejorar su posición en China y en el Pacífico a costa de Alemania. Dieron a Alemania seis días para entregar Kiaochow, uno de los puertos que el Imperio alemán poseía en China.

¹⁵ Su preferido, el príncipe Otón, había enfermado a causa de su vida heterodoxa y estaba en fuera de juego imperial. Por lo demás, el emperador Francisco José había desaprobado la boda de su forzado heredero. Este, el heredero del trono de Austria-Hungría, había tenido que jurar al soberano, su padre, que sus hijos, de haberlos, no serían automáticamente los siguientes herederos del trono.

El atacante es detenido. Se llama Kabrinovich. Súbdito austriaco, es un tipógrafo de origen serbio. El cortejo reanuda su marcha aunque el archiduque está irritado. ¿Se recibe siempre así en Sarajevo a los invitados?, pregunta. Llegan finalmente al primer destino. La pareja real se deja ver por la muchedumbre que aplaude. El conde Harrach, sentado a la derecha de la pareja, pregunta al gobernador si hay suficientes tropas que garanticen la seguridad del heredero. El gobernador le responde desabrido y molesto: Sarajevo no es ciudad llena de terroristas.

El cortejo reemprende la marcha. El visitante real exige una variación del recorrido. Decide visitar los heridos del hospital. El conde Harrach se ofrece para colocarse de pie en el estribo de su automóvil y garantizar así la seguridad del heredero (que se niega y agradece el gesto). Los automóviles, a mayor velocidad, se dirigen al hospital.

El trayecto ha sido modificado. Se dirigen hacia la calle Francisco José, una arteria urbana que lleva el nombre del emperador. No deben entrar en ella. Pero la policía comete un error y deja el paso libre. El primer automóvil entra en ella, sigue, sin saberlo, el primer itinerario programado. La policía no ha puesto la barrera. El segundo coche sigue al primero. Potjoreck se da cuenta de la pifia que han cometido. Ni siguen la orden del archiduque ni están libres de exponerse a situaciones imprevistas. Reduce la marcha del automóvil, da marcha atrás para seguir el nuevo itinerario y se acerca, sin protección, a un lado de la calle. Cuando está cerca de la acera y el conductor ha disminuido la velocidad, se oyen dos disparos seguidos. La duquesa se desmaya; el gobernador oye que el archiduque está intentando decir algo a su mujer. Se acerca a ambos, están malheridos. Desabotonan el cuello del uniforme del archiduque. De la aorta salen chorros de sangre. Los agresores han conseguido su objetivo. Intentan ponerse a resguardo y llevar el heredero al hospital. Fallece un cuarto de hora después.

Se detiene, también en esta ocasión, al autor del atentado. Gavrilo Princip, serbio. Se intenta suicidar con cianuro; no lo consigue.

Se abre una investigación, en pocos días, con mucho sigilo. ¿Por qué ciudadanos de un país hostil circulaban con bombas de mano y pistolas por Sarajevo? ¿Por qué no se tomaron medidas más enérgicas tras el primer intento? La investigación estuvo claramente predeterminada desde el principio por la finalidad y “conclusión” política de la parte austriaca: el único responsable del atentado era el gobierno serbio, una tesis imposible de demostrar en tan poco tiempo.

Nunca se ha podido probar que el gobierno de Serbia organizara el atentado. La razonable tesis del gran intelectual italiano: poco le importaba eso a “la fábrica de opinión del imperio austriaco, pues el incidente le venía como anillo al dedo para saldar cuentas definitivamente con Serbia”, para dar una lección a un país que, protegido por el imperio ruso, pretendía liderar a los eslavos del sur. ¡A por ellos!

IV. FALSA INVESTIGACIÓN, DURO ULTIMÁTUM, DECLARACIÓN DE HOSTILIDADES

La investigación del Imperio austriaco fue rápida, apresurada y más que parcial. La responsabilidad de las personas procedentes de Serbia era indiscutible pero las conclusiones políticas extraídas estaban aceptadas y anunciadas de antemano: el asesinato se había urdido políticamente en Belgrado; las bombas usadas procedían del arsenal serbio; oficiales serbios habían adiestrado militarmente a los conjurados; esos mismos oficiales les habían ayudado a cruzar la frontera. Conclusión: el gobierno serbio, Serbia como país, era directamente responsable de la muerte del heredero del trono imperial.

Serbia estaba entonces dirigida por una dinastía, la del rey Pedro, que se había enfrentado abiertamente con Austria. Viena, en su momento, había apoyado a otro pretendiente; los círculos de la corte serbia eran hostiles al imperio dual.

El gobierno serbio reaccionó con irritación a la campaña austrohúngara. El pánico cundió entre todos los círculos políticos de Belgrado. Una semana antes del atentado los responsables estaban en la capital serbia, habían conseguido allí las armas. No es imposible que algún soplo llegara a los oídos del gobierno. Pero, ¿tenía interés Serbia, que acababa de salir exhausta de las guerras balcánicas, en provocar una crisis de consecuencias imprevisibles? No, no es razonable. De hecho, en aquellas semanas, se estaba ultimando un tratado económico con Austria que hubiera resultado beneficioso para Serbia. Nada podía ser tan desastroso como un atentado de esta naturaleza que permitiera arrojar culpabilidades sobre el país y su gobierno.

La atmósfera se agrietó. Se desencadenó una campaña de prensa violenta en diarios serbios y austriacos, con acusaciones ultrajantes e incontroladas. Preludio más que conocido, previo al agravamiento de graves crisis internacionales. .

Un momento central en el desarrollo de los acontecimientos: 23 de julio, un mes después del atentado, Giesl, el ministro austriaco ante Serbia, el embajador en Belgrado, tiene que entregar un ultimátum al gobierno serbio. No lo llama ultimátum, apunta Canfora, sino “paso que contempla un límite de tiempo”. El

documento, que conmina a Serbia a cumplir nueve condiciones sin las cuales la crisis es irreversible, debe ser entregado al gobierno. Giesl tiene que entregar el escrito entre las cuatro y las cinco de la tarde. Austria toma una senda que conduce directamente al conflicto armado.

Mientras espera, llega un nuevo despacho de Viena. Como el ministro francés de Exteriores está en San Petersburgo (intenta renovar de nuevo la alianza franco-rusa), conviene retrasar la entrega del ultimátum. Se trata de impedir que la reacción serbia llegue inmediatamente a Rusia con el ministro francés en la ciudad. Giesl decide llevar el ultimátum horas después, a las 18 horas. Lo hace así para evitar contactos, ni siquiera in extremis, con Poincaré en San Petersburgo. En razonable opinión del helenista italiano (Canfora 2014: 61):

El ultimátum transmitido a Serbia era un texto... irrecidible, porque los nueve puntos que se planteaban como irrenunciables violaban, en última instancia, la propia soberanía del país destinatario. Entre las condiciones que se ponían, a cual más dura, había incluso la exigencia humillante de que los austriacos participaran junto con las autoridades serbias en la investigación y la detención de los culpables serbios.

Austria pretendía, decía pretender introducir a sus propios investigadores en otro país, en Serbia, para que procedieran a la detención de los presuntos responsables o culpables de alto nivel. Conviene recuperar también el comentario más que oportuno de Canfora:

Este proceder –imponer unas condiciones totalmente inaceptables, porque violan la soberanía nacional, al país que se quiere someter- tuvo luego grandes imitaciones en la historia del siglo XX, incluso en épocas muy recientes: entre otros países, Serbia lo tuvo que padecer otra vez, porque parece destinada a soportar estos tratos agresivos¹⁶.

La actitud del gobierno de Pasic fue de suma prudencia. El propio Pasic aconsejó a su gobierno la adopción de una actitud lo más transigente posible. No existe ningún margen. El país está extenuado por las guerra recientes y el silencio de

¹⁶ A finales del siglo XX, la OTAN tomó el papel del Imperio austrohúngaro. Mismo resultado: el bombardeo de Belgrado en ambas ocasiones.

Rusia es clamoroso. Se aceptan en la práctica ocho puntos del ultimátum. El único discutido es la participación austriaca en la investigación interna del gobierno serbio, una condición pensada, seguramente, para que no pueda ser aceptada.

Pero cuando llega el momento de entregar el texto, incluso antes de que el gobierno serbio se haya expresado, el embajador austriaco ya ha abandonado la sede diplomática. Viaja de regreso al Imperio sin esperar personalmente y en sede diplomática la más que flexible respuesta del gobierno serbio. El conde Berchtold, el ministro de Exteriores, la Madeleine Albright de principios del siglo XX, la persona que más ha querido jugar con fuego, es el exponente de la tendencia fuertemente belicista del Imperio austrohúngaro¹⁷.

La tormenta de fuego se aproxima. Tempestadas de acero se vislumbran en el horizonte... a pesar de que “no tenemos datos suficientes para hacer responsable a Serbia y provocar... una guerra contra ese estado.” Mientras tanto, Guillermo II ha escrito al emperador austriaco. No ha podido acudir personalmente a los funerales del archiduque asesinado. Le da el pésame aunque no se compromete de modo claro y concluyente. Desconoce si Rusia está lista para movilizarse.

El emperador, que ha enviado copia del texto del ultimátum a Alemania, le responde. Ve el futuro muy negro, no sabe si podrán permanecer mucho tiempo como espectadores tranquilos. Lo que más dice preocuparle: el ejercicio de movilización que había planeado Rusia, en su territorio por supuesto, para otoño de 1914, “en el preciso momento en que nosotros licenciamos llamamos a filas”. A su juicio, parecía como si Rusia ya estuviera en condiciones y preparando un ataque... mucho antes que se produjera el atentado.

El embajador alemán está convencido de la neutralidad de Inglaterra. Sin dudas, sin fisuras. Bastaba vencer a alianza francorrusa para establecer un sólido dominio germánico en el continente. El sueño de una Europa germanizada se hace presente. Unos planes del Estado Mayor germánico (tomaron el nombre de

¹⁷ El conde Tisza representa la opción contraria. Trató de influir en el soberano Francisco José. Algunos pasajes de la carta que envió al monarca (tomados de Canfora, 2014): “No puedo sumarme al propósito del conde Berchtold de convertir el crimen de Serbia en un pretexto para ajustar cuentas a Serbia... en primer lugar, no tenemos datos suficientes para hacer responsable a Serbia y provocar –a despacho de posibles explicaciones satisfactorias del gobierno serbio- una guerra contra ese estado... En segundo lugar, considero que justo cuando Rumania se ha desvinculado de nosotros y Bulgaria, el único estado con el que podríamos contar yace postrada, es el momento más desfavorable de los últimos tiempos para nuestra política exterior”.

Schlieffen por el general Alfred Graf von Schlieffen), elaborados en 1905¹⁸, unos diez años antes, hablaban de una especie de guerra relámpago contra Francia seguida de una lenta movilización del imperio del zar. La llamada larga paz fue más bien una larga preparación para la guerra.

El 28 de julio de 1914, el Imperio austro-húngaro hizo una declaración formal de guerra a Serbia. El gobierno austríaco consideró insatisfactoria la respuesta a su ultimátum. Belgrado es bombardeada.

Confiábamos en Jaurès, apuntó Stefan Zweig, en la Internacional Socialista, “creíamos que los ferroviarios volarían las vías antes de cargar a sus camaradas hacia el frente como animales al matadero, contábamos con que las mujeres se negarían a sacrificar a sus hijos y maridos al dios Moloc, estábamos convencidos de que la fuerza espiritual y moral de Europa triunfaría en el último momento crítico”.

No fue así. Su idealismo colectivo, su optimismo condicionado por el progreso les llevó “a ignorar y despreciar el peligro”. Los peores nudos del nacionalismo exacerbado, las pulsiones anexionistas de todos los Imperios, hicieron acto de presencia.

V. LA RESPONSABILIDAD ALEMANA

Tras conocer la respuesta serbia al ultimátum austriaco, Guillermo II comentó a sus colaboradores: “Ante semejante transigencia la guerra ya no es indispensable.” Pero, mientras tanto, Austria estaba en situación prebélica, preparando las operaciones contra el país vecino. Canfora comenta sobre ello (Canfora 2014: 69):

Pero evidenciar esa reacción en caliente de Guillermo II, esa declaración en un ambiente oficial, ante su gobierno, también significa evidenciar que hasta el último momento la disyuntiva entre la guerra y la paz fue completamente aleatoria.

¹⁸ En 1905, con una Rusia debilitada: guerra contra Japón y, digamos, estallido de la revolución en San Petersburgo. El plan contemplaba invadir Francia de forma rápida y decisiva. Para ello, el grueso del ejército alemán debía invadir Bélgica violando su neutralidad: Francia, desprevenida, no esperaba una estocada de esas dimensiones desde ese flanco.

Aquel que sería señalado como el principal artífice del conflicto, el emperador de Alemania, fue al mismo tiempo, y sin contradicción, quien se expresó de un modo posibilista, inútil visto lo sucedido, sobre la reacción serbia al ultimátum.

En el texto de la respuesta, transmitida y copiada al emperador alemán, figura esta anotación de Guillermo II: “con estas palabras ya no hay motivo para la guerra”. Giesl, en opinión del emperador, “tenía que haber permanecido tranquilamente en Belgrado”. Después de esto, remarca con énfasis, “yo nunca hubiera ordenado la movilización”.

¿Hubo o no hubo entonces responsabilidad alemana aunque no fuera en exclusiva? Habiendo aceptado al principio el esquema de una guerra preventiva contra Rusia y Francia, señala Alejandro Andreassi, los dirigentes alemanes de 1914, más o menos influidos por el pangermanismo, asumieron una clara responsabilidad política en el primer conflicto mundial.

La tesis del historiador Fritz Fischer, de la que habla el helenista italiano en el libro indicado, señala el nudo central de la situación desde una perspectiva histórica: el asalto de Alemania al poder mundial en la guerra del 14. La argumentación gira en tono al concepto de una voluntad única denominada “objetivos de guerra”, en la que coinciden, por llamarlos de algún modo, anexionistas y moderados. Los objetivos de guerra les unen, unían a todo el grupo dirigente del Reich, desacreditando de este modo una autoabsolución de los propios historiadores alemanes sobre esa problemática que suele fundamentarse en la supuesta moderación del canciller Bethmann-Hollweg -el mismo que violó la neutralidad del Bélgica- y en la sana y casi sagrada unión de todas las fuerzas sociales y espirituales germanas ante la amenaza oriental, ante el zarismo, ante la barbarie rusa¹⁹. En Alemania hubo un impulso específico, sin negar por supuesto las características generales del imperialismo a las que aludieron Lenin o Jaurès, un anhelo interesado de guerra que desencadenó el conflicto. En resumen, escribiendo con trazo algo grueso: un comportamiento imperial con finalidades estratégicas.

Tras la declaración de guerra del Imperio austro-húngaro, el zar ordenó, esta vez sí, la movilización *de todo el ejército* el 30 de julio, 48 horas después, una movilización cuyo primer objetivo estratégico fue la Prusia Oriental. El 31 se sumó Alemania con una declaración de guerra a Rusia.

La en apariencia inexorable secuencia puede formularse así: asesinato del

¹⁹ El “argumento” como se recuerda tomará características similares a propósito del bolchevismo durante la II Guerra Mundial.

archiduque en Sarajevo; ultimátum austriaco; respuesta (insatisfactoria) serbia; ataque austriaco; movilización militar rusa; declaración de guerra alemana; aplicación acuerdos de la Triple alianza; Alemania declara la guerra a Francia el 2 de agosto: el gobierno alemán da por sentado que Francia intervendría al lado de Rusia y Francia era una fuerte amenaza para su frente occidental. El “moderado” Bethmann-Hollweg tomó la iniciativa en el proceso desencadenado con velocidad del rayo. No sólo eso, abonó finalmente la supuesta “jugada maestra” del alto mando alemán. Con palabras de Canfora:

Para hacer la guerra relámpago contra Francia se violó la neutralidad de Bélgica y Luxemburgo: se ocuparon –atacándolos brutalmente- dos países que en teoría no corrían ningún peligro de guerra, por el hecho mismo de no pertenecer a ningún pacto militar.

Bélgica no tardó en convertirse en la “gran cuestión”. El gobierno alemán, con su agresión ilegal, se situó en una posición insostenible después el punto de vista diplomático y ético.

No fue, en absoluto, un paseo militar. Nada de guerra relámpago. El 20 de agosto, no antes, el ejército alemán, y no sin dificultades, como ya antes las tuvieron en Lieja, logró tomar Bruselas. La ciudad belga más occidental capituló el 15 de noviembre, tres meses más tarde del inicio de la ocupación. El alto mando alemán no se imaginaba una campaña tan dura. Alemania fue acusada de librar una guerra de carácter terrorista, una guerra que aniquilaba los bienes más preciados de la Humanidad, bibliotecas universitarias no excluidas. También deportaciones y agresiones contra la población civil.

Llamamientos de grupos de intelectuales, artistas, profesores y científicos a la opinión pública alemana, europea o mundial hubieron muchos en los primeros meses de la contienda. De entre todos ellos, de estos textos enfrentados a propósito de “la guerra de los espíritus” (Canfora), cabe destacar el famoso llamamiento de los 93, un texto donde se plasma abiertamente una cosmovisión filosófica y existencial con resultados atroces en la historia europea, el pangermanismo.

El pangermanismo fue una forma de nacionalismo étnico, fuertemente relacionado con determinadas tendencias (pseudo)darwinianas y falsamente científicas, cuya influencia fue más allá del círculo de sus seguidores explícitos.

Sin ser la causa profunda de la guerra, contribuyó a encender el fuego y la pradera. Fue el humus cultural de la contienda

No hay que identificar por supuesto, fuera cual fuera su influencia, el pangermanismo, que sólo afectaba directamente a les élites militares, los medios de la industria pesada y algunos miles de seguidores, con el pueblo alemán. Éste, en 1914, no deseaba guerra alguna. Creyó de buena fe estar defendiéndose contra una agresión rusa de la que sus dirigentes habían logrado persuadirlo. De hecho, ni siquiera el canciller del Reich, Bethmann Hollweg, a diferencia de los jefes militares, sabía demasiado bien dónde se metía cuando declaró la guerra. Su famosa frase: “Wir springen in das Schwarze”, estamos dando un salto en la oscuridad, así parece indicarlo.

En su inmensa mayoría, los pueblos en 1914, no sólo el alemán, deseaban la paz²⁰. Las naciones como tales, el nacionalismo es cosa distinta, no están en absoluto en el origen de la Primera Guerra Mundial²¹. Las causas profundas hay que buscarlas en las contradicciones de la “primera mundialización”, iniciada a partir de 1860 bajo la égida de Gran Bretaña, y en la cuestión de la hegemonía: el mercado, en efecto, no puede funcionar, tampoco ahora, un siglo después, al

²⁰ Stéphane Audoin Rouzeau, en el artículo citado, comenta sobre este punto: “Los historiadores –sobre todo Jean-Jacques Becker en el caso de Francia- le han hecho justicia desde hace mucho a la idea de que los movilizados partieron en medio del entusiasmo. En algunas grandes ciudades hubo manifestaciones de ardor patriótico”. En las capitales y en las estaciones, sobre todo, pero, prosigue la historiadora francesa, “se puede uno preguntar si esas manifestaciones no eran ante todo una forma de negar la angustia que oprimía a los soldados en el momento de dejar a los suyos”. En lo más hondo de los países afectados “la noticia de la guerra fue acogida con un sentimiento de consternación y también de aceptación, que se transformó progresivamente en resolución. Pero fue raro el entusiasmo. Por un fenómeno de selección o de deformación del recuerdo es cómo las manifestaciones de belicismo exaltado en el momento de la partida, puestas de relieve por la prensa y a veces filmadas, han acabado por invadir la memoria.”

²¹ Algunos ejemplos de ello en la *Autobiografía* de Bertrand Russell: “Los trabajadores de las fábricas de munición, por extraño que parezca, solían ser pacifistas. Mis charlas con ellos en el sur de Gales, de las que los detectives hicieron informes inexactos, indujeron al ministerio de Guerra a cursar una orden para que se impidiera la entrada a todas las zonas prohibidas” (Russell 1991: 39). “En los barrios pobres, no era algo infrecuente que las caseras, también pobres, permitieran a los alemanes quedarse sin pagar el alquiler, puesto que sabían que para ellos era imposible encontrar trabajo” (Ibíd.: 19)

margen de lo “político”. Y si pensamos en términos de un ámbito mundial, al margen de un *hegemón* mundial.

Empero, uno de los grandes científicos y filósofos ingleses de todos los tiempos, uno de los grandes pensadores de la historia de la Humanidad, se opondrá con ahínco a esta guerra suicida. Numerosos sectores de la opinión crítica ciudadana apoyaron sus consideraciones.

VI. UN GRAN MATEMÁTICO Y LÓGICO PACIFISTA, PREMIO NOBEL DE LITERATURA, APOYÓ LA NEUTRALIDAD.

Un folleto, impreso por la No-Conscription Fellowship, 8, Merton House, Salisbury Court, Fleet Street de Londres, fue distribuido a mediados de mayo de 1916 en Londres, un texto intitulado: “Dos años de trabajos forzados por rehusar desobedecer los dictados de la conciencia”. Ernest F. Everett era el protagonista de esta historia, de este panfleto crítico.

Maestro en St. Helens, Everett se había opuesto a todas las guerras desde su adolescencia. Apeló como objetor de conciencia ante los tribunales locales y de apelación: “ambos lo trataron injustamente e hicieron todo lo posible para recomendar su expulsión de la escuela”. Reconocieron su demanda por motivos de conciencia pero sólo hasta el punto de “concederle la posibilidad de servir como no-combatiente”. Everett no aceptó.

Pero como el propósito de este servicio es contribuir a la prolongación de la guerra y desocupar a otros hombres para poder enviarlo a las trincheras, para él no fue posible aceptar la decisión de los tribunales.

El 31 de marzo fue arrestado como prófugo. Llevado ante los jueves, fue multado con dos libras y entregado a las autoridades militares. Everett fue llevado bajo escolta a los cuarteles de Warrington donde le obligaron a ponerse el uniforme. El 1 de abril fue trasladado a Abergele e incorporado al Cuerpo de No-combatientes (del Ejército de Tierra).

Everett adoptó una actitud constante de resistencia pasiva frente a las órdenes militares. Cuando se le ordenó formar para realizar ejercicios la mañana del 2 de abril, se negó diciendo: “Me niego a obedecer toda orden de cualquier autoridad militar”. El teniente del cuerpo le envió al calabozo. Allí pasó la noche. Visitado por el capitán, ordenó su comparecencia ante el oficial de mando. Acusación:

desobediencia. El coronel le leyó la sección 9 de la Ley militar y le explicó las graves consecuencias de desobedecer órdenes militares. Everett se mantuvo firme. Fue juzgado en Consejo de Guerra el 10 de abril. Allí declaró:

Estoy dispuesto a realizar tareas de importancia nacional que no incluyan el servicio militar, siempre que con ello no deje libre a ningún otro hombre para hacer lo que yo no estoy dispuesto a hacer por mí mismo.

Se le condenó a dos años de trabajos forzados. Everett libraba la vieja batalla por la libertad “y en contra de la persecución religiosa, con el mismo espíritu con que los mártires sufrieron en el pasado”. El panfleto finalizaba del siguiente modo:

¿Se unirá usted a los perseguidores o estará de lado de aquellos que defienden la conciencia y pagan por ello con su deshonor y su dolor físico y moral? Otros cuarenta hombres sufren la persecución por motivos de conciencia del mismo modo que el señor Everett, ¿callará usted ante esta situación?

El autor del folleto publicó una carta en *The Times*, el 17 de mayo de 1916: “Adsum qui feci” [Aquí estoy, yo lo hice] era el título de la nota.

Señor: La No-Conscription Fellowship imprimió hace poco un folleto en relación con el señor Everett, un objetor de conciencia que fue condenado en consejo de guerra a dos años de trabajos forzados por desobediencia a las autoridades militares. Otros seis hombres han sido condenados a diversas penas de prisión y trabajos forzados por distribuir los folletos. Deseo que se sepa que el autor de este panfleto soy yo, y que, si alguien ha de ser juzgado, el primer responsable soy yo.

Firmante de la carta: Bertrand Russell (1991: 85-87)²².

No fue la primera carta publicada en aquellos meses por el coautor de los *Principia*. Dos años antes, el 12 de agosto de 1914, pocos días después de iniciarse

²² Transitando por el mismo sendero de pacifismo, racionalidad política y libertad real, Romain Rolland (2014).

al gran y mortífero estallido, el amigo de Wittgenstein escribía una carta que fue publicada el 15 de agosto en *The Nation*. La abría con las siguientes palabras:

Al contrario de la gran mayoría de mis compatriotas, incluso en el momento actual, en nombre de la humanidad y de la civilización, yo protesto contra nuestra participación en la destrucción de Alemania.

Un mes atrás, señalaba Russell con profundo idealismo, Europa era un acuerdo entre naciones. Si un inglés mataba a un alemán, era condenado. En cambio, en aquellos momentos, si un inglés mataba a un alemán o un alemán a un inglés, era un patriota que había servido a su país.

Aquellos que vieron a las multitudes en Londres durante las noches que precedieron a la declaración de guerra, vieron a todo un pueblo, hasta ahora pacífico y humano, precipitarse en pocos días por la empinada ladera de la barbarie primitiva y desatar en un instante, los intentos del odio y la sed de sangre, contra los cuales se alza todo el tejido de nuestra sociedad.

La razón y la compasión eran arrastradas por un gran aluvión de odio, apunta Russell: borrosas abstracciones de perversidad inimaginable, “Alemania para con nosotros y los franceses, Rusia, para los alemanes”, ocultaban la realidad de que los enemigos eran seres humanos como los ingleses. Ni mejores ni peores.

Hombres que aman sus hogares; el calor del sol, y todos los simples placeres de la vida común: hombres que ahora están enloquecidos de terror ante la idea de que sus esposas, hermanas e hijas queden expuestos, con nuestra ayuda, a los tiernos cuidados del conquistador cosaco.

Toda esa locura, toda esa ira, toda esa maldita muerte de la civilización, proseguía el gran filósofo analítico, se debía a que un conjunto de caballeros dirigentes, de vidas lujosas, la mayoría estúpidos y todos “sin imaginación ni corazón”, habían permitido que esto sucediera antes de sufrir, ni uno solo de ellos, “el más mínimo desaire al orgullo de su país”.

Tras los diplomáticos, limitados por formalismos que les impedían hacer o aceptar las pequeñas concesiones que podrían salvar al mundo y que al final se habían apresurado por ciego temor a lanzar sus ejércitos respectivos a la tarea de la mutua carnicería, tras ellos, decía, escasamente visibles en los documentos oficiales.

Se encuentran las vastas fuerzas de la codicia y el odio nacionales: los instintos atávicos, perjudiciales para la humanidad en su nivel actual, pero transmitidos desde nuestros antepasados salvajes y semi-animales, son concentrados y dirigidos por los gobiernos y la prensa, fomentados por las clases altas como distracción de la disconformidad social, alimentados artificialmente por el siniestro influjo de los fabricantes de armamentos y estimulados por una abyecta literatura que exalta la “gloria” y por libros de texto de historia que contaminan las mentes de los niños.

En opinión de un intelectual y científico que había escrito “el amor a Inglaterra es probablemente el sentimiento más fuerte que poseo”, su nación, no menos que otras naciones que participaban en la guerra, era culpable tanto en lo que hacía referencia a las pasiones nacionales como a su diplomacia y sus clases dirigentes. Durante los últimos diez años, bajo la tutela del gobierno y de una parte de la prensa, se había venido cultivando el odio hacia Alemania y el miedo a la Armada alemana. No sugería Russell que Alemania fuera inocente y que acaso sus crímenes fueran mayores que los de los ingleses

Pero sostengo que cualesquiera fuesen las medidas defensivas necesarias, deberían haberse tomado en un ambiente de serena previsión y no en un torbellino de pánico y sospechas, creados deliberadamente, los que han producido el estado de la opinión gracias al cual nuestra participación en la guerra ha sido posible.

Russell concluía señalando que la neutralidad de Bélgica, la integridad de Francia y sus colonias y la defensa naval de la costa norte y oeste de Francia, habían sido meros pretextos bélicos. Si el gobierno alemán, si Alemania hubiese estado de acuerdo con las exigencias inglesas en todos esos puntos, el gobierno inglés no hubiera prometido tampoco su neutralidad. Russell no podía resistirse a la conclusión de que el gobierno inglés había fracasado en su deber hacia la nación

Al no revelar los antiguos acuerdos con los franceses hasta que, en el último momento, los presentó como fundamento para una cuestión de honor; que ha fracasado en su deber hacia Europa al no declarar su postura desde el principio de la crisis; y que ha fracasado en su deber a la humanidad al no informar a Alemania de las condiciones que asegurarían su no participación en la guerra, la cual, termine como termine, causara sufrimientos indescriptibles y la pérdida de muchos miles de nuestros más valientes y nobles ciudadanos.

G. B. Shaw le escribía tiempo después: su tarea, la tarea en la que ambos tenían que empeñarse era que la gente se tomara en serio de la guerra. “La monstruosa trivialidad del maldito asunto y la vulgar frivolidad de lo que tomamos por patriotismo es lo que me saca de quicio”. Voces intelectuales, reflexiones de grandes científicos, que mantenían posiciones muy alejadas irrumpieron entre sus amigos británicos y al otro lado del Canal de la Mancha en una guerra que aunó ciencia y enfrentamiento militar como ningún otro conflicto hasta entonces. Fue en la noche del 22 de abril de 1915 cuando el imperio alemán lanzó el primer ataque mundial con gas tóxico. Con palabras de Diana Preston (2008: 19-20):

El científico alemán a cargo del programa defendió el uso del gas como un medio para acortar la guerra y así salvar la vida después de condenar inicialmente los ataques como nuevas violaciones por parte de los bárbaros alemanes de las normas de una legislación civilizada. Gran Bretaña, Francia y, poco después, Estados Unidos, tras su incorporación a la guerra, no tardaron en hacer lo mismo.

Cuando llegó el armisticio la producción aliada de armas químicas ya era superior, muy superior a la de Alemania. La gran y criminal guerra también será conocida por ello como “la guerra los químicos”.

Al final del conflicto, unos 5.500 científicos de todos los bandos, se habían dedicado exclusivamente a la fabricación de armas químicas, y los ataques con gas habían producido un millón de víctimas.

Entre ellas, el soldado de primera clase Adolf Hitler. Cegado temporalmente por una granada de gas británica el 13 de octubre de 1918, continuaba en el hospital un mes después de que Alemania se rindiera.

Esta gran guerra, que se anunció iba a acabar con todas las guerras, no fue la última. Tampoco la primera como recordó Brecht años después:

La guerra que vendrá
no es la primera.
Hubo otras guerras.
Al final de la última
hubo vencedores y vencidos.
Entre los vencidos,
el pueblo llano pasaba hambre.
Entre los vencedores

el pueblo llano la pasaba también.

VII. EL LLAMAMIENTO BELICISTA.

Lo que se había llamado “mentalidad alemana” se había convertido en algo desacreditado y en un triste testigo de la falta de corazón de principios, incluso de la escasez de lógica y precisión, pero sobre todo, enfatizaba Hugo Ball²³, de la falta de moral instintiva. En 1914, apenas había existido alguna personalidad oficial que se comprometiera.

Los pastores y los poetas, los hombres de Estado y los sabios rivalizaron entre sí para extender un concepto de nación lo más bello posible. Apareció una confusión de interés y valor, de orden e idea que Potsdam intentó disculpar con Weimar, y Weimar intentó disculpar con Postdam, en una bulliciosa histeria. El eterno papeleo se convirtió en el acontecimiento del día. Noventa y tres intelectuales demostraron mediante un pomposo manifiesto que ya no contaban como intelectuales.

²³ Ball (2011), concebido, según confesión del propio autor, como réplica al Manifiesto de los 93. Escribe H. Hesse en el prólogo: “La *Crítica*... representa en mi opinión el intento más grande, honrado y profundo que ha realizado Alemania para llegar a ser consciente, en la propia conciencia, de los siniestros poderes que condujeron a la degeneración del espíritu y las costumbres de la nueva Alemania, abocándola a un estado de culpa interior con respecto a la miseria del mundo y a la guerra mundial.”

El manifiesto de los 93, trece de ellos eran ya entonces o lo serían posteriormente Premios Nobel, respuesta a un documento de científicos británicos y franceses que denunciaba las atrocidades cometidas por el Ejército alemán en Bélgica publicado a finales de septiembre (Evans 2010: 108), se editó el 4 de octubre de 1914 en el periódico *Europäische Geschichts-Kalender*. El escrito, redactado por el poeta Ludwig Fulda²⁴, fue una llamada –una declaración moral de guerra, un documento de arrogancia autista, según Fritz Stern– de casi un centenar de intelectuales alemanes, científicos, profesores, teólogos, novelistas y artistas de primera magnitud, “mandarines” en el sentido dado a la expresión por Fritz Ringer, un texto dirigido “Al mundo civilizado [Der Aufruf der 93, An die Kulturwelt!]”.

Mundo civilizado, Kulturwelt... Conviene una precisión conceptual. Norbert Elias ha sostenido, pensando en términos de la política interior alemana, que el término alemán “cultura” tenía una connotación apolítica, antipolítica incluso, síntoma muy presente entre las élites de la clase media alemana de que la política y los asuntos del Estado se corresponden con la falta de libertad, con la humillación de las personas, mientras que la cultura, por el contrario, representa la esfera de su libertad y orgullo²⁵. En *El proceso de civilización* alude al papel que desempeña en la política exterior, a la obsesión alemana por establecer una distinción entre cultura y civilización.

Para los alemanes, el término *Zivilisation* hace referencia a algo que es verdaderamente útil, pero que, sin embargo, es un valor de segundo orden, que afecta sólo a la apariencia, a la superficie de la existencia humana. La palabra que emplean los alemanes para interpretarse a sí mismos, la que expresa mejor que ninguna otra el orgullo que sienten por sus propios logros

²⁴ Poeta judío, se suicidó en 1939.

²⁵ Así apunta nada menos que Thomas Mann, que cambió de posiciones en el transcurso de los años, en su prólogo de 1918 a *Consideraciones de un apolítico*: “El espíritu no es política; en cuanto alemán no es necesario ser absolutamente decimonónico para responder a muerte por ese “no”. La diferencia entre espíritu y política contiene la diferencia entre cultura y civilización, entre alma y sociedad, entre libertad y derecho al voto, entre arte y literatura; y el carácter alemán es cultural, alma, libertad, arte, y no civilización, sociedad, derecho a voto y literatura. La diferencia entre espíritu y política es, para mejor empleo, la diferencia entre cosmopolita e internacional. El primer concepto procede de la esfera cultural, y es alemán; el segundo proviene de la esfera de la civilización y de la democracia y es... algo absolutamente diferente” (Mann 2011: 46).

y por su propio ser es *Kultur*²⁶.

Mientras que el concepto inglés, francés, castellano o italiano de cultura hace referencia también a otros aspectos como el político, el económico, el social, el deportivo, el moral o incluso el tecnológico, el término alemán “Kultur” refiere más bien en exclusiva a los aspectos intelectuales, filosóficos y artísticos, estableciendo, intentando establecer una nítida línea de demarcación entre este tipo de hechos y los políticos y económico-sociales (Elias 1987: 6)²⁷.

Como ha recordado Francisco Fernández Buey (2010: 195) tomando pie en Wolf Lepenies y en el libro citado, la noción dominante de la *Kultur* en Alemania se oponía a la de “civilización” franco-inglesa

[...] Tenía una dimensión apolítica (o antipolítica, solía ir unida a la del pueblo cultural (*Kulturvolk*) y ya en los años de la Primera Guerra Mundial se presentaba abiertamente vinculada al militarismo prusiano. Armas y *Kultur* constituían allí un binomio tal que incluso para muchos colegas de Einstein sólo las armas podían salvar a la *Kultur*, específicamente alemana, de la civilización (considerada decadente) anglo-francesa.

El manifiesto intentaba responder a lo que, desde su perspectiva, se había ido acumulando y denunciando en la propaganda de los adversarios políticos, sobre

²⁶ N. Elias, *El proceso de civilización*, México DF, FCE; 1987, p. 6. Sobre esta temática, véase el magnífico ensayo de Wolf Lepenies, *La seducción de la cultura en la historia alemana* (2008).

²⁷ La separación toma pie en la distinción de Goethe entre lo social y lo intelectual. Señala Mann (2011): “¿No es cierto que se pueden encontrar argumentos para justificar la concepción que tenía Goethe del pueblo alemán como una nación apolítica, centrada en los valores humanos, en la que todos aprenden y todos enseñan, incluso en una época en que la nación intenta, de manera exagerada, disimilar y corregir sus defectos?”. Las corrientes principales de la República del Weimar operarán en sentido contrario, apoyando la convicción de que la política y la cultura son inseparables y que, de algún modo, la democracia realmente entendida es un excelente refugio para el espíritu inquieto. O dicho con las palabras del Julien Benda de *La traición de los intelectuales*: el culto al universalismo fue un generoso regalo de los griegos a la humanidad, un regalo que supieron recoger intelectuales de la talla de Jean Cavaillès y Maurice Halbwachs por ejemplo.

todo tras la invasión de Bélgica. Pretendía dar respuesta a las críticas públicas que académicos británicos y franceses habían lanzado acusando a la intelectualidad alemana de cohonestar los atropellos cometidos por el ejército alemán en Bélgica y dar su apoyo al “militarismo prusiano”.

Se comprende que, en estas circunstancias, la crítica de Einstein, y de no muchos más, al militarismo del propio país y el que algunos se declararan pacifistas - Einstein entre ellos- les granjeara una enorme y generalizada animadversión. Si cuando empezaron las hostilidades, una declaración así era problemática y minoritaria en Francia o Inglaterra (recuérdese el caso de Bertrand Russell), en Alemania lo era aún mucho más.

Sólo hay que recordar que varias de las personalidades que se habían opuesto a los créditos de guerra de 1914 o que se manifestaron en Alemania contra el patriotismo militarista y contra aquella noción de la *Kultur* fueron asesinados allí al acabar la guerra...

La acusación que se rechaza con más fuerza en el manifiesto, señala Canfora en el libro que hemos citado reiteradamente, es la de pisotear la civilización (no en el sentido anterior). De ahí el destinatario del llamamiento: “el mundo civilizado”. La propaganda de la Entente, llena desde luego de dogmatismo, nacionalismo extremo también y descalificación generalizada, presentaba a los alemanes como incivilizados, bárbaros, salvajes, teutones. En Italia (aunque no sólo en Italia), recuerda el gran helenista, la prensa de la época, desempolva la oposición entre latinos (civilizadores) y germanos (salvajes, embrutecidos). Si los alemanes deliraron, los demás, señala Canfora, también pusieron de su parte.

El manifiesto se tradujo a las principales lenguas del mundo y estaba dirigido, en principio, a las principales personalidades europeas y usamericanas. Dos países en especial en su punto de mira: los Estados Unidos de América y el Vaticano²⁸. El manifiesto se difundió y se recogieron posteriormente miles de firmas de apoyo en el Reich.

El escrito aspiraba a una refutación en toda regla, a confutar las acusaciones que se habían formulado por doquier contra la forma en que los Imperios centrales – el alemán, el austro-húngaro- conducían y desarrollaban la guerra. La

²⁸ Austria era entonces el mayor estado católico del mundo, el único gran estado católico superviviente en el tablero mundial, el gran aliado del Papado.

recuperación de un discurso que primaba a la nación por encima de las diferencias sociales, que la señalaba como un cuerpo indivisible aunque estuviera compuesto de partes diferenciadas pero complementarias, casaba perfectamente con una visión organicista de la misma. Así lo ha señalado el historiador Alejandro Andreassi:

Esta concepción organicista que se había construido en el debate sobre las relaciones entre biología y sociedad en el último cuarto de siglo y que en momentos de tensión internacional creciente, con la amenaza del estallido de un conflicto que envolviendo varias potencias europeas hallaría a Alemania posiblemente entre dos fuegos, parecía justificar la necesidad de incrementar su capacidad militar para conjurar esa posibilidad, adquiría un carácter objetivo y su refuerzo constituía una necesidad estratégica.

En la década previa a 1914 parecía necesario renovar la invocación del “espíritu nacional” que ya había prevalecido años antes, en 1871

[...] un espíritu que aparecía paradójicamente silenciado por el mismo éxito de la unificación en la gestión cotidiana del bloque de poder en el Reich, y que tanto la irrupción de las clases subalternas en la arena política y en la opinión pública y la situación internacional en la que Alemania se consideraba protagonista y no mera observadora exigía revivir, ahora desde una dinámica crecientemente demagógica.

Debe recordarse que una parte significativa del mundo académico había acompañado o participado de un modo otro en esta movilización nacionalista. Por ejemplo, científicos de renombre y de gran popularidad, como Ernst Haeckel o Friedrich Ratzel, habían participado en la fundación de la Liga Pangermánica.

Entre los firmantes del manifiesto se encontraban algunos de los más célebres científicos, impulsores de la biología, la medicina y la antropología, en línea de una lectura biologicista de los fenómenos sociales y políticos, como defendían Haeckel y Wilhelm Waldeyer. Otros, como Max von Gruber, profesor de higiene en Múnich, miembro de la *Berliner Gesellschaft für Rassehygiene*, Albert Neisser, especialista en enfermedades venéreas (descubridor del gonococo, la bacteria que causaba la gonorrea), o Rudolf Abel, higienista y

bacteriólogo, apoyaban consignas pangermánicas de anexión de territorios.

El hecho de que se presentaran en su condición de practicantes de las ciencias y las artes significaba avalar desde el prestigio de su saber la implicación de Alemania en el conflicto y sostener, a un tiempo, que el triunfo de las armas alemanas, del ejército alemán significaba también el triunfo de la cultura por ellos representada. Defendían una simbiosis, una relación orgánica que hacía depender la suerte de la civilización, objetivada en el Reich alemán, de ese ejército y de esa victoria con una intensidad, ha señalado Andreassi, “que evocaba como un relámpago sobre el fondo oscuro de la contienda el papel especial de las armas en la construcción de la identidad alemana”.

Algunas ausencias, las de Thomas Mann por ejemplo, no implican diferencias básicas o esenciales de perspectiva. Tampoco en el caso de Gottlob Frege (Michael Dumett recibió como un mazazo el descubrimiento tardío del Diario fregeano de 1924). En el prólogo de *Consideraciones de un apolítico*, escrito al finalizar el libro que recoge las reflexiones del autor entre 1914 y 1918, con las matanzas y desesperación de la gran guerra como marco, apuntaba el autor de *La montaña mágica*:

Si en las páginas que siguen he abogado por el punto de vista de que la democracia, de que la propia política es ajena y ponzoñosa para el ser alemán; si he puesto en duda o si he discutido la vocación de Alemania para la política, ello no ocurrió con la ridícula intención -desde un punto de vista personal y objetivo- de quitarle a mi pueblo sus deseos de realidad, de hacer vacilar en la fe en la justicia de sus aspiraciones universales. Reconozco estar profundamente convencido de que el pueblo alemán jamás podrá amar la democracia por la sencilla razón de que no puede amar la propia política, y que *el muy desacreditado “estado autoritario” es y sigue siendo la forma de gobierno más apropiada al pueblo alemán, la que le corresponde y la que, en el fondo, desea* (Mann 2011: 45, las cursivas son mías).

(Un necesario paréntesis. No fue esta, como es sabido, la “consideración apolítica” permanente de Mann. Manuel Sacristán escribía sobre ello en su presentación de la obra en prosa de Goethe (Sacristán 1985: 88):

Goethe und die Demokratie, conferencia pronunciada por Mann en 1949, es sólo el episodio final del largo esfuerzo del artista por presentar a los alemanes la figura de Goethe como antídoto al nazismo y como fórmula de progresiva civilidad.

Existían precedentes, apuntaba el gran germanista ibérico. Ya en 1932, Mann esgrimía a Goethe como prestigio contra el belicismo renaciente en Alemania.

Durante la conferencia *Von deutscher Republik*, pronunciada en el Beethovenshall de Berlín, el público joven, arrastrado por el nacionalismo, pateaba una profesión de amor a la paz que acaba de pronunciar Mann. Éste hace un inciso: “¡Jóvenes, no uséis esos tonos! Yo no soy un pacifista, ni de la observancia frenética ni de la untuosa. El pacifismo como concepción del mundo, como vegetarianismo del alma, como filosofía racionalista-burguesa de la felicidad, no es, desde luego, asunto mío. *Pero tampoco fue asunto de Goethe, o no lo habría sido de vivir él hoy; y él, sin embargo, fue un hombre de paz. Yo no soy Goethe; pero un poco, de lejos, de algún modo, soy, por decirlo con Adalbert Stifter, "de su familia", y por eso mi herencia es la paz, pues la paz es el reino de la cultura, del arte y del pensamiento...*” (Mann, 1955: 9, cursiva nuestra).

Por la misma senda y orientación, Georg Lukács señala en “A la búsqueda del burgués”²⁹

No es por eso ninguna casualidad que precisamente en los años terribles de la tiranía de Hitler, de la degeneración fascista del pueblo alemán, escribiera Thomas Mann su única gran obra de carácter histórico, *Lotte en Weimar*. Thomas Mann se sirve de la gigantesca figura de Goethe, el Gulliver en el Lilibut de Weimar, de su siempre amenazado pero también siempre firme proceso de perfeccionamiento intelectual, artístico y moral, para dar vida a la máxima corporeización que hayan alcanzado nunca las fuerzas progresistas de la burguesía alemana.

Después de haber sido falsamente presentado Goethe durante decenios por los escritores, eruditos e intelectuales alemanes como ejemplo del oscurantismo germánico a la moda, prosigue el autor de *El alma y las formas*

Thomas Mann purifica su figura de la basura reaccionaria; mientras la burguesía alemana se rebajaba al máximo, caminando por la ciénaga

²⁹ Epílogo a Thomas Mann (2011: 558-559).

sangrienta de un embriagado barbarismo, le era ofrecida así una imagen de sus más altas posibilidades, de su humanismo problemático hasta la raíz, pero desde la raíz misma auténtica y progresista.

Hasta aquí el paréntesis abierto sobre Mann).

El manifiesto, estructurado en un preámbulo, seis apartados críticos y la conclusión, se abre con estas palabras:

Profesores de Alemania, como representantes de las ciencias y las artes alemanas, nos dirigimos al mundo civilizado para protestar contra las mentiras y calumnias con las que nuestros enemigos están tratando de manchar el honor de Alemania...

En su ardua lucha por la existencia en una guerra a la que se afirmaba Alemania, que era una nación que amaba la paz, había sido empujada. La implacable realidad de los hechos había probado “la falsedad de las supuestas derrotas alemanas, por eso las tergiversaciones y calumnias trabajan ahora sin descanso”. Como heraldos de la verdad, alzaban sus voces contra esas falsedades.

Representantes de las ciencias (el gran Planck entre ellos, también Klein) y artes alemanas (con fuerte presencia de teólogos católicos y con apenas filósofos de renombre), protestaban contra mentiras y calumnias de los enemigos; manchas sobre el honor de Alemania; una guerra a la que se ha visto empujada por los otros y los acontecimientos; heraldos de la verdad.

¿De qué “verdad”, de qué “verdades”? De las siguientes:

No era verdad que Alemania –ni el káiser, ni el gobierno, ni el pueblo, los tres componentes en uno- fuera culpable de haber provocado la guerra, se afirmaba de forma general y sin concreción en el primer punto:

Ni el pueblo, ni el gobierno, ni el Káiser la querían. Alemania hizo cuanto pudo por evitarla; de esta afirmación el mundo tiene pruebas fehacientes.

No habían sido pocas las ocasiones durante los largos años de su reinado en que Guillermo II había demostrado ser un defensor de la paz

[...] y con la misma frecuencia ha sido este hecho reconocido por sus oponentes. Es más, incluso cuando el Káiser, a quien ahora osan llamar Atila, ha sido ridiculizado por ellos durante años por su inalterable empeño en mantener la paz mundial. No ha sido hasta que las tropas superiores en número esperaban al acecho en la frontera cuando la nación se ha alzado como un solo hombre.

Las pruebas fehacientes a las que se alude del pacifismo del gobierno alemán no son señaladas. El olvido de recientes actuaciones coloniales alemanas es más que evidente, al igual que la falacia de la generalización apresurada en torno al pacifismo del káiser. Con tropas superiores en número se hace referencia a la movilización de los soldados rusos en la frontera occidental de Rusia.

El segundo punto era mucho más concreto: no era verdad que, y no sólo por parte del ejército alemán sino por la misma Alemania –“hayamos violado“ se afirma-, no hiciera caso alguno de la frontera de la Bélgica neutral:

Se ha demostrado que Francia e Inglaterra han acordado esa intrusión, y ha sido igualmente probado que Bélgica ha convenido en que así lo hicieran. Hubiera sido por nuestra parte un suicidio habernos anticipado.

Demostrado, probado -con incorrecta terminología en un escrito firmado por grandes matemáticos- la intrusión de otras potencias, se afirma. La violación de Alemania es defensiva, simple. La tesis, posteriormente tan repetida, de la legitimidad moral y política de la guerra preventiva se impone: ante posibles ataques, ataca primero, golpea de entrada. Alemania no había violado la neutralidad de Bélgica, no propiamente se sostenía. El ejército alemán se había adelantando en el combate para evitar que las tropas francesas e inglesas lo hicieran en primer lugar.

No era verdad, se afirmaba en el tercer punto de la declaración, que la vida o la propiedad de un solo ciudadano belga hubieran sido vulneradas por los soldados alemanes

[...] sin que la defensa propia lo haya hecho amargamente necesario; una y otra vez, a pesar de las repetidas amenazas, los ciudadanos se han emboscado, disparando a nuestras tropas fuera de sus casas, mutilando a los heridos y

asesinando a sangre fría a los médicos mientras llevaban a cabo su labor samaritana.

Típica y, en general, falaz defensa de las actuaciones del ejército invasor, como así se dirá y repetirá en la II Guerra Mundial. Aun más: no podía haber mayor maltrato que la ocultación de estos crímenes

[...] mediante el intento de hacer a los alemanes culpables de ellos, tan solo por haber castigado justamente a los asesinos por tan retorcidos actos.

La inversión más falaz resumida: 1. El ejército alemán es inocente. 2. Los ocupantes ilegales no han atacado ningún ciudadano belga. 3. Son los guerrilleros-terroristas del país invadido los que han atacado, los que han tendido embocadas a los más que prudentes soldados alemanes e incluso a los médicos del ejército que han colaborado en la invasión. 4. Por ello, se concluye, han recibido un justo castigo “los asesinos de tan retorcidos actos.”

Justo castigo, retorcidos actos... de los otros. La legitimación de las atrocidades era más que evidente.

No era verdad, en contra de todas las evidencias, se afirmaba en el siguiente punto, que las tropas alemanas actuaran brutalmente en Lovaina.

Sus habitantes coléricos cayeron traicioneramente sobre ellos en sus cuarteles y nuestras tropas se vieron obligadas como represalia y con dolor de corazón a abrir fuego sobre la ciudad. La mayor parte de Lovaina ha sido respetada.

La mayor parte respetada, se afirma, a pesar de que la Universidad de Lovaina fue incendiada. Años más tarde, tras la paz de Versalles que le fue impuesta, Alemania tuvo que reponer libro por libro toda la biblioteca de la Universidad³⁰. Las prácticas posteriores corroborarían las actuaciones nada civilizadas del ejército alemán. A partir de 1915, Bélgica ya ocupada, con el rey belga exiliado

³⁰ Canfora (2014: 94) recuerda que la biblioteca de Lovaina volvió a ser destruida al principio de la segunda guerra mundial, en la segunda invasión alemana de Bélgica.

en Londres, casi 400 mil obreros belgas fueron alistados en batallones de obreros civiles: una iniciativa de la máquina bélica alemana muy parecida o cuanto menos un precedente del trabajo forzado que se instauró en Alemania durante la II Gran Guerra. También Alejandro Andreassi ha destacado esta línea de continuidad.

El famoso edificio del Ayuntamiento, prosigue el llamamiento, permaneció intacto, con gran sacrificio de los soldados alemanes que lo salvaron de las llamas.

Por supuesto, todo alemán se arrepentiría enormemente si durante el curso de esta terrible guerra cualquier obra de arte se hubiera destruido o se destruya en adelante, pero así como nuestro profundo amor por el arte no lo supera el de ninguna otra nación, en la misma medida debemos rechazar decididamente pagar el precio de la caída de un solo alemán por salvar una obra de arte.

¡La noción de Kultur quedaba herida de muerte! En síntesis: embellecimiento pueril de las prácticas del ejército alemán (“todo alemán se arrepentiría si cualquier obra de arte se hubiera destruido”) y justificación, amparándose en razones de imperiosa necesidad y de aparente y sentido humanismo, de la destrucción de obras de arte. El toque nacionalista laudatorio cerraba el punto: el profundo amor de la nación alemana por el arte no lo superaba el de ninguna otra nación.

No era verdad, se afirma en el siguiente punto, que la guerra, ¡nuestra guerra” se señala, no respete la legalidad internacional. Alemania no había vulnerado el derecho internacional sino que había tenido que sufrir las atrocidades de sus adversarios orientales y occidentales. En contra de toda evidencia, se sostiene que no se ha visto crueldad innecesaria. Eso sí

[...] en el Este la tierra está inundada con la sangre de mujeres y niños inmerecidamente sacrificados por el salvaje ejército ruso y en el Oeste las balas atraviesan el pecho de nuestros soldados.

“Salvaje ejército ruso” no es expresión retórica. Desde la perspectiva de los firmantes del documento, los rusos eran salvajes, incivilizados, incultos, no

Europeos (la concepción se repetirá de nuevo durante la II Guerra). Ser ruso es un antivalor. Los soldados rusos no atacaban propiamente con soldados alemanes sino que asesinaban mujeres y niños. No, en cambio, en el oeste, donde el ejército alemán luchaba de “forma civilizada” contra el ejército francés.

A continuación leemos uno de los pasajes más racistas y antihumanistas del manifiesto firmado por un colectivo intelectual culto, docto, refinado, exquisito, humano-muy-humano, vanguardia de la cultura europea y mundial.

Aquellos que se han aliado con los rusos y los serbios y han representado la desvergonzada escena ante el mundo de incitar a mongoles y negros contra la raza blanca, no tienen derecho a llamarse a sí mismos defensores de la civilización³¹.

“Negros” refiere a los soldados africanos del Ejército francés. “Mongoles” hace referencia a soldados de países de la Commonwealth británica. “Raza blanca” refiere... ¡a la inexistente raza blanca! ¡Francia e Inglaterra se han convertido en piedra de escándalo! ¡Han sido capaces de incitar a negros y mongoles a luchar contra la “raza blanca”! No tienen por ello derecho alguno a llamarse a sí mismos defensores de la civilización (blanca y occidentalista). Se han aliado además con rusos y serbios, lo peor de lo peor, bárbaros incultos e incivilizados.

Finalmente, en el último punto, se sostiene que no es verdad que la guerra contra “lo que llaman nuestro militarismo” no sea también una guerra contra nuestra población civil, “como nuestros enemigos hipócritamente pretenden hacer creer”. Nada de eso. Era, de hecho, una guerra contra la cultura alemana, que el gobierno de Inglaterra “justificaba absurdamente aseguraba que era una guerra

³¹ Canfora (Ibíd.:97) escribe, precipitadamente en mi opinión: “No cabe duda de que esta mentalidad (los mongoles y los negros como poblaciones inferiores de modo que es un crimen incitarlos contra la raza blanca) es un argumento que usan los alemanes para desprestigiar a los anglofranceses, porque saben que hace mella en la opinión pública del otro bando donde se utilizan tropas de color, desde luego, pero los ciudadanos están incómodos por el hecho de que las tropas de color –pese a su utilidad, porque son especialmente eficaces– representen, hasta connotarlas, a los ejércitos de sus respectivos países.” El racismo, concluye Canfora, no es exclusivo del bando alemán. No lo es, no lo fue, pero el gran helenista debería haber escrito por qué creen saber que hace mella en el otro bando, donde algunos ciudadanos no están cómodos con que esas tropas representen a los ejércitos de sus países.

en defensa de la civilización” (Lepenies 2008: 26). De hecho, la lucha entre la “civilización” inglesa y la “Kultur” alemana era aún más cruenta por el acuerdo intelectual previo entre la Gran Bretaña liberal y la misma Alemania anterior a la contienda.

La justificación, la falaz justificación del militarismo germánico se hace en estos términos, con palabras más que gastadas:

Si no fuera por el militarismo alemán la civilización alemana hace tiempo que habría sido extinguida. Para su protección ha surgido en una tierra que durante siglos ha estado plagada de bandas de ladrones como ninguna otra lo ha sido. El pueblo alemán y su ejército son uno, y hoy su conciencia une a 70.000.000 de alemanes de todos los rangos, posiciones y partidos en uno solo.

No eran propiamente 70 millones, sino 65. No había unión de todos los alemanes de todos rangos, posiciones y partidos. Las voces disidentes, a pesar de la inadmisibile, traidora e incomprensible posición política de la dirección de la socialdemocracia, empezaban a reconocerse: Einstein como veremos es una voz destacada; también lo fue el gran helenista y estudioso de la filosofía y ciencia antiguas, el pacifista Hermann Diels. El ejército alemán y el pueblo alemán estaban lejos de ser uno y lo mismo. La referencia histórica es absolutamente pueril e incluso contraria al espíritu pangermanista que abona la declaración – “una tierra que durante siglos ha estado plagada de bandas de ladrones como ninguna otra lo ha sido”- y, en fin, la confusión entre la defensa (no agresiva) de una nación, de una comunidad y el militarismo expansionista y agresor es más que evidente³². Canfora, nuevamente, escribe con razón:

En los meses y años siguientes está disidencia aislada y minúscula aumentó, se les unieron otros, la clase intelectual se dividió, pero es justo y necesario recordar que desde el primer momento en la primera Universidad del Reich, Berlín, dos nombres ilustres, dos estrellas del firmamento científico, no se

³² Canfora, en mi opinión, confunde militarismo con legítima defensa de un Estado y apunta una tesis de alta tensión política: “Estamos, repito, en una pendiente resbaladiza, la del nacionalismo, que siempre es un poco ridículo, pero una vez entrados en esa dinámica los argumentos de cada bando son igual de válidos”. Es decir, ¿de no válidos? ¿Todos con la misma nulidad?

habían dejado arrastrar por la corriente arrolladora del nacionalismo.

La coda final del manifiesto estaba a su altura: no podemos arrebatarnos esta envenenada arma, la mentira, se señala, de las manos de nuestros enemigos. Todo lo que se puede hacer “es proclamar al mundo entero que éstos están dando falsos testimonios contra nosotros”, contra el pueblo alemán.

Tú, que nos conoces, que junto a nosotros has protegido los bienes más sagrados de los hombres, a ti nos dirigimos: ¡Tened fe en nosotros! Creed que llevaríamos esta guerra a su fin como una nación civilizada, para quienes el legado de Goethe, de Beethoven y de Kant es tan sagrado como su propio corazón y su hogar. Por esto comprometemos nuestros nombres y nuestro honor:

¡Fe, corazón, hogar, bienes sagrados, honor! Ni que decir tiene que la alusión a Goethe, Kant y Beethoven roza o supera la simple abyección, la falacia más pueril y la publicidad más indigna. Sería como justificar la guerra española de aniquilación de pueblos indígenas porque Quevedo, Góngora, Teresa de Ávila o Cervantes fueran autores españoles o dar razones a favor de la invasión de Vietnam porque Walt Whitman fue un gran poeta libertario usamericano.

La lista de los firmantes, a los que se añadieron muchos otros poco tiempo después, impresiona. Y duele. Con fuerte presencia de teólogos católicos y científicos naturales. Algunos nombres: Luján Brentano, Profesor de Economía Nacional, Múnich. Adolf Deitzmann, Profesor de Teología, Berlín; Prof. Wilhelm Doerpfeld, Berlín. Gustav Hellmann, Profesor de Meteorología, Berlín; Wilhelm Herrmann, Profesor de Teología Protestante, Marburgo; Leopold Graf Kalckreuth, Presidente de la Confederación Alemana de Artistas, Eddelsen; Felix Klein –¡el gran, el enorme Félix Klein!-, Profesor de Matemáticas, Gotingen; Anton Koch, Profesor de Teología Católica Romana, Munster; Philipp Lenard, Profesor de Física, Heidelberg; Max Lenz, Profesor de Historia, Hamburgo; Ludwig Manzel, Presidente de la Academia de las Artes, Berlín; Josef Mausbach, Profesor de Teología Católica Romana, Munster; Albert Neisser, Profesor de Medicina, Breslau; Walter Nernst, Profesor de Física, Berlín; Wilhelm Ostwald, Profesor de Química, Leipzig; Max Planck –¡Max Planck!-, Profesor de Física, Berlín; Prof. Max Reinhardt, Director del Teatro Alemán, Berlín; Alois Biehl, Profesor de Filosofía, Berlín; Wilhelm Roentgen, Profesor de Física, Munich;

Karl Votzler, Profesor de Filología Románica, Munich; Wilhelm Waldeyer, Profesor de Anatomía, Berlín; Wilhelm Wundt, Profesor de Filosofía, Leipzig; Wilhelm Windebland, Profesor de Filosofía, Heidelberg; Profesor Paul Ehrlich, Frankfurt del Meno; Karl Engler, Profesor de Química, Karlsruhe; Emil Fischer, Profesor de Química, Berlín; Wilhelm Foerster, Profesor de Astronomía, Berlín; Fritz Haber, Profesor de Química, Berlín; Ernst Haeckel, Profesor de Zoología, Jena. Max Halbe, Munich; Prof. Adolf Von Harnack, Director General de la Biblioteca Nacional, Berlín. Y así hasta 93. Entre ellos, no figura David Hilbert por ejemplo.

Destaquemos de nuevo algunos nombres: Klein, Planck, Wund, Ehrlich, Haber, Haeckel. La irracionalidad poliética y filosófica, el cegador nacionalismo cultural, la urgencia no temperada, la defensa de lo indefendible, el miedo a ubicarse en posiciones de minorías, el seguir la mayoría aplastante y dominadora, intereses corporativos espurios en algunos casos.

No sólo en ellos se ubicó el disparate y la barbarie político-cultural. La respuesta de la Academia Francesa de Ciencias de noviembre de 1914 así parece indicarlo:

La Academia tiene que recordar que las civilizaciones latinas y anglosajonas son las que han producido durante tres siglos la mayor parte de los grandes descubrimientos en las ciencias matemáticas, físicas y naturales, siendo asimismo los autores de las principales invenciones realizadas a lo largo del siglo XIX. La Academia protesta, por consiguiente, contra la pretensión de ligar el futuro intelectual de Europa con el futuro de la ciencia alemana, y contra la afirmación de que la salud de la civilización europea se encuentra en la victoria del militarismo alemán, solidario de la cultura alemana.

Otros grandes nombres, otros científicos comprometidos, otros intelectuales que también amaban su país (pero no por encima de todo y a cualquier precio) pensaron y escribieron desde perspectivas muy alejadas.

VIII. LA DIFÍCIL Y VALIENTE RESPUESTA PACIFISTA

Albert Einstein, acaso con Isaac Newton el científico más importante de todos los tiempos y uno de los grandes pensadores sociales del siglo XX, se presentó en algunos de sus escritos autobiográficos como un ciudadano partidario de un ideal de vida que él mismo denominó “ideal de la pocilga”, una existencia

caracterizada, como ha señalado Francisco Fernández Buey, por la sencillez, la modestia y la frugalidad, movida por el reconocimiento

[...] de que nuestro hacer se apoya siempre en el trabajo de otro, respetuosa de las tradiciones y orientada hacia la belleza, la bondad y la verdad... El hombre que renunció dos veces a la nacionalidad alemana, aduciendo motivos político-sociales, penetra aún más a fondo en su corazón y declara no haber pertenecido nunca del todo al propio país, a la propia casa, a los amigos o la familia más inmediata”.³³

Einstein ha deseado o imaginado un mundo ideal, desiderativo, un cosmos armónico en el que la especie humana no actuaría ya como si estuviera escindida en pseudo especies separadas por fronteras territoriales. Este último nudo será el centro de su antimilitarismo:

El peor producto de la vida de rebaño es el sistema militar, plaga de la civilización que debería abolirse lo más rápidamente posible. Odio el culto al héroe, la violencia insensata y todo este repugnante absurdo que se conoce con el nombre de patriotismo. Tengo en tal alta consideración al género humano que creo que este espantajo habría desaparecido hace mucho si los intereses políticos y comerciales que actúan a través de la enseñanza, no corrompiesen sistemáticamente el sentido común de las gentes.

De este modo, sigo apoyándome en Fernández Buey, la aversión a lo militar y a la militarización de la sociedad (Einstein se negó a aceptar la formación paramilitar que era de rigor a finales del XIX en el Luipold Gymnasium de Múnich), la desconfianza frente a los nacionalismos y la denuncia de la manipulación de las gentes en nombre de las patrias o creaciones afines, son rasgos que configuraron el ideario de Einstein durante toda su vida, rasgos que se acentuaron en los años de I Guerra Mundial, en el período de entreguerras e incluso en su vejez, en los años de Princeton, cuando observa y critica que en USA está sufriendo un creciente proceso de militarización de la ciencia y la sociedad.

³³ Véase Fernández Buey (2005: 150 y ss. y 2010: 191-212).

No hay constancia de intervenciones públicas suyas anteriores a la I Guerra Mundial que rebasasen el plano estrictamente científico. Su primer enfrentamiento serio con poderes establecidos –y también con la mayoría de sus colegas científicos– fue en 1914 a su regreso a Alemania, siendo ya miembro de la Academia Prusiana de Ciencias. En esta ocasión, se negó a respaldar con su firma el llamamiento de los 93. No era fácil y no sólo fue eso.

Junto con el biólogo Georg Friedrich Nicolai³⁴ y el astrónomo Wilhelm Foerster, elaboró un manifiesto alternativo³⁵. Aunque este manifiesto a los europeos se distribuyó entre un gran número de profesores, sólo un licenciado en filosofía por la Universidad de Marburg, Otto Buek, estaba dispuesto a firmarlo. Como resultado, el manifiesto crítico y antimilitarista nunca fue lanzado para su publicación independiente, aunque su texto apareció impreso dos años más tarde, en la introducción de Nicolai 1917.

Pese a que técnica y comercio conducían claramente hacia un reconocimiento efectivo de las relaciones internacionales, se afirma en el escrito, y, con ello, hacia una civilización universal común, nunca antes una guerra “había conseguido interrumpir tan brutalmente el comunitarismo cultural de la cooperación como la actual”. Sin embargo, había tal cantidad de vínculos comunes, “cuya Interrupción ahora sentimos dolorosamente, que tal vez sólo y precisamente por eso” se había cobrado conciencia de manera tan palpable. Por lo tanto, la situación tampoco debería sorprender.

Por eso, los que creen, aunque sea en lo más mínimo, en la importancia de una civilización universal común, tienen ahora la doble obligación de luchar por el mantenimiento de estos principios. Si bien aquellos a los que uno habría imaginado tal convicción, principalmente científicos y artistas, sólo han dicho hasta ahora cosas que nos preocupan, como si con la interrupción de las relaciones efectivas hubiera desaparecido también el deseo de su

³⁴ 1 PD (Nicolai 1917, pp. 911). Fechado por Georg Friedrich Nicolai, uno de los autores de este manifiesto (véase Nicolai 1917, p. 9). Nicolai “elaboró” (“redactó”) el manifiesto a los europeos “en colaboración con Einstein y Wilhelm Foerster” (“junto con el Prof. Albert Einstein y Geheimrat Wilhelm Förster.” Nicolai 1917, p. 9).

³⁵ Señala Francisco Fernández Buey (2005: 155-156): “A partir de esta fecha Einstein entró en contacto con la minoría que en Alemania se opuso a la guerra y, a través de algunos miembros de esta minoría, con los principales representantes del pacifismo europeo de la época, como Romain Rolland”. Inmediatamente el nombre de Einstein apareció en las fichas de la policía berlinesa como pacifista notorio.

continuidad. Se han manifestado con espíritu marcial, pero no han hablado lo más mínimo de paz.

Las pasiones nacionales no justificaban en modo alguno semejante espíritu, impropio de lo que el mundo ha denominado cultura.

Sería una desgracia que este espíritu llegara a generalizarse entre la gente culta. No sólo sería una desgracia para la civilización, sino también, y de esto estamos firmemente convencidos, un desastre para la supervivencia nacional de cada uno de los estados; precisamente la causa por la que toda esta barbarie se ha desatado.

Con la técnica, el mundo había empequeñecido, los estados de la gran península europea, ésta es la magnífica expresión usada, parecían estar tan cerca los unos de los otros como antiguamente las ciudades de cada una de las pequeñas penínsulas del Mediterráneo. Más aún: en las necesidades y experiencias de cada estado, basándose en sus diversas y heterogéneas relaciones, Europa –“uno podría decir el mundo”- se mostraba ya como una fundada unidad.

Por el contrario, sería cometido de los europeos cultos y bienintencionados hacer al menos el intento de evitar que Europa, debido a su deficiente organización como un todo, padezca el mismo trágico destino que antaño Grecia. ¿Puede también Europa, a causa de una guerra fratricida, agotarse paulatinamente y perecer?

La guerra que se había desatado apenas dejará un vencedor. Probablemente sólo dejará vencidos.

Por este motivo, no sólo es bueno, sino urgentemente necesario, que los hombres cultos de todos los estados empleen su influencia para que independientemente del resultado aún incierto de la guerra las condiciones de la paz no lleguen a ser fuente de futuras guerras. El hecho evidente de que, a causa de esta guerra, las condiciones de relación europeas hayan caído en un estado inestable y moldeable, debería ser motivo, más bien, para la

creación de una unidad orgánica europea. Se dan las condiciones técnicas e intelectuales para ello.

No era necesario que se discutiera de qué manera este orden europeo sería posible. Sólo querían enfatizar que estaban firmemente convencidos de que había llegado el momento de que Europa actuara como una unidad para proteger su tierra, sus gentes y su cultura. Esa voluntad estaba latente en muchos y querían “conseguir que se fortalezca a través de este manifiesto conjunto.” Para ello,

[...] parece primero necesario que todos aquellos que tienen un corazón para la cultura europea -en otras palabras, aquellos a quienes Goethe denominó con palabras proféticas “buenos europeos”- se unan. Porque uno no debe perder la esperanza de que las palabras, planteadas colectivamente incluso bajo los sonidos de las armas, no quedarán mudas, sobre todo si entre esos “buenos europeos del mañana” se encuentran todos los que gozan de prestigio y autoridad entre sus pares cultos.

Era necesario que primero se reúnan los europeos, los buenos europeos, y si, como ellos esperaban, había suficientes europeos en Europa, “es decir, personas para las que Europa no sólo sea un término geográfico, sino más bien una cosa importante del corazón”, entonces se intentaría hacer, era conveniente construir una alianza europea que debería hablar y decidir.

Nosotros mismos sólo queremos alentar y animar a ello, por lo que le pedimos, si usted es simpatizante y está decidido como nosotros a ampliar la resonancia de la voluntad europea, que nos envíe su firma.

Pocas firmas fueron enviadas.

No tuvieron éxito a pesar del coraje, la veracidad y la predicción de futuro que el escrito contenía. No era, en su caso, la aniquilación de la racionalidad poliética, del humanismo crítico. Era más bien lo contrario: el abono, la reflexión, el cultivo de una nueva racionalidad, amiga de la ciencia, la técnica y las artes responsables, que tuviera al ser humano, a todos los seres humanos y a sus hábitats como sus capitales más hermosos y esenciales. ¿No han sido siempre

estas las finalidades de las tradiciones emancipatorias, de las filosofías humanistas, de las fuerzas que han luchado, que se han esforzado por ampliar la libertad, la justicia y la equidad humanas y los vínculos armoniosos y sostenibles con nuestro entorno, que, como quería el poeta asesinado, daba y da sus frutos para todos?

IX. UNA CONJETURA: MANIFIESTOS, FIRMAS Y COSMOVISIONES NACIONALISTAS.

¿Qué tendencia cultural, ideológica, filosófica, política, qué concepción del mundo posibilitó que grandes, inolvidables figuras de la intelectualidad alemana apoyaran, con mayor o entusiasmo, el manifiesto de los 93, un texto dirigido, se decía, al “mundo civilizado”? ¿Qué tenía de civilizada la invasión de Bélgica, las prácticas militares del ejército alemán y el espíritu anexionista de gran potencia que a todo ello subyacía?

No hay una única respuesta y es posible que a toda conjetura general haya que añadir hipótesis particulares. Sin lugar a dudas, eso sí, la atmósfera político-cultural –en absoluto espontánea, diseñada y trabajada desde determinadas trincheras culturales- que entonces se vivía en Alemania y en países aliados puede ayudar a entender lo sucedido. Una conjetura sobre ello.

Años después, también en Alemania, a propósito de himnos y naciones, el gran Brecht compuso unos versos socialistas para acompañar un cuarteto de Haydn³⁶. Era la letra que el gran poeta, crítico, filósofo, guionista y dramaturgo alemán compuso en 1949 para acompañar el “Cuarteto del Kaiser” de Haydn como himno de la República Democrática Alemana. Dice así:

El donaire no ahorra el esfuerzo
Ni la pasión, el entendimiento
Que florezca una buena Alemania
Como cualquier otro buen país
Que los pueblos no palidezcan
Como ante una ladrona
Sino que nos tiendan sus manos
Lo mismo que a otros pueblos
Y no por encima y no por debajo

³⁶ Traducción de Amaranta Süß y Antoni Domènech. En Wolfgang Harich (2010: 37).

De otros pueblos queremos estar
Desde el mar hasta los Alpes
Desde el Oder hasta el Rin
Y porque hacemos mejor a este país
Lo amamos y lo protegemos
Y nos parece el más amable
Como a otros pueblos el suyo.

¿Se ama a una nación y se inspira y extiende el odio a otras naciones próximas o no tan próximas? No parece.

¿Se abona algún tipo de anexionismo que considere a otros pueblos, naciones o países inferiores? No, en absoluto.

¿Se vindica algún tipo de pangermanismo, alguna forma de actitud imperial? No, más bien lo contrario.

La propuesta de Brecht no fue aceptada por los dirigentes del entonces nuevo Estado socialista. Ni siquiera Wolfgang Harich pudo entender lo sucedido.

Un nudo más.

Director de la Oficina de Materias Primas y Racionamiento durante la Primera Guerra Mundial, le fue encomendada en 1921 la dirección del Ministerio de la Reconstrucción, y, un año después, el de Asuntos Exteriores. Su hito más importante, el momento más decisivo de la trayectoria del empresario, escritor y político institucional Walter Rathenau, cofundador junto a Max Weber y el conde Kessler del Partido Democrático alemán, fue la firma en 1922 del Tratado de Rapallo con la Unión Soviética. Lo pagó con su vida: fue asesinado dos meses después. Había renunciado a ser acompañado por hombres armados. “Tres jóvenes, dispararon con sus revólveres a distancia mínima y todos a la vez sobre la cabeza y el pecho de la víctima. Después huyeron a toda velocidad” (Haffner: 2001: 56-58). Como en el caso del archiduque austriaco.

Años después, durante el criminal dominio del nacional-socialismo, se levantó en ese mismo lugar una lápida conmemorativa... Pero en honor de los tres asesinos.

Ni siquiera la ejecución de miles de obreros en Lichtenberg en 1919 soliviantó tanto a la ciudadanía alemana como este crimen. Durante días reinó en el país un fuerte y auténtico ambiente revolucionario. En el entierro de Rathenau se congregaron centenares de miles personas sin necesidad de recurrir a

obligaciones ni amenazas. Una vez concluido, “los asistentes no se dispersaron, sino que recurrieron las calles durante horas, formando grupos infinitos que se manifestaban en silencio, furiosos, desafiantes”. Si aquel día se hubiese exhortado a los ciudadanos a acabar “con los que por entonces se denominaban “reaccionarios” y en realidad eran ya nazis”, la rebelión e indignación populares lo hubieran hecho sin ningún inconveniente, “de forma rápida, drástica y exhaustiva”. Nadie les instó a ello. Fueron convocados a mantener el orden y la disciplina.

Tras lo sucedido, el gobierno alemán debatió durante semanas una ley “para la Defensa de la República” que introdujo penas leves de cárcel para cualquier ofensa a un ministro. Pronto fue pasto del ridículo. Pocos meses más tarde, el Gobierno se derrumbó de forma turbia y silenciosa, cediendo su lugar a una coalición de centro-derecha. Se acercaban con celeridad, huracanes de acero, barbarie política, antisemitismo, asesinatos, exterminio y guerra. El eterno retorno histórico.

Lo último, comenta Haffner, que dejó como sabor de boca la breve etapa de Rathenau fue la confirmación de lo que ya el período 1918/1919 les había enseñado: “Nada de lo que hace la izquierda funciona”. La creencia era falsa pero se instaló en la mente y en el corazón de muchos ciudadanos.

Buscaron salvadores y tribunos en otros lugares del espectro. El crimen y la muerte imperaron de nuevo, como durante la I Guerra Mundial. También en este caso muchos científicos, muchos filósofos, muchos novelistas, grandes artistas, se mantuvieron sumisos o, aún más, partidarios de una barbarie aún mayor. Otros no. Entre ellos, de nuevo, Albert Einstein.

BIBLIOGRAFÍA

- BALL, H. (2014): *Crítica de la inteligencia alemana*, Madrid, Capitán Swing.
- CANFORA, L. (2014): *1914*, Barcelona, El Viejo Topo
- CHEVÈNEMENT, J.P. (2014): *1914-2014. Europa, ¿fuera de la historia?*, Barcelona, El Viejo Topo, traducción de Miguel Candel.
- ELIAS, N. (1987): *El proceso de la civilización*, México, FCE.
- EVANS, A. (2010): *Anthropology at War. World War I and the Science of Race in Germany*, Chicago and London, The University of Chicago Press.

- FAY, S. (2014): “1914: ¡felices obreros alemanes!” www.sinpermiso.info, 22/06/2014, traducción de Lucas Antón.
- FERNÁNDEZ BUEY, F. (2010): “¿Fue Einstein un pacifista ingenuo e incoherente?”, en Fernández Buey, Jordi Mir y Enric Prat (eds.): *Filosofía de la paz*, Icaria, Barcelona.
- FERNÁNDEZ BUEY, F. (2005): *Albert Einstein. Ciencia y conciencia*, Barcelona, Retratos de El Viejo Topo.
- HAFFNER, S. (2001): *Historia de un alemán*, Barcelona, Destino, (traducción de Belén Santana).
- HARICH, W. (2010): “Para conmemorar el 50 aniversario de la muerte de Bertolt Brecht: Brecht y el himno nacional”, *Sin permiso*, 8.
- LEPENIES, W. (2008): *La seducción de la cultura en la historia alemana*, Madrid, Akal, (ed. original 2006, traducción de Jaime Blasco Castiñeyra).
- MANN, Th. (2011): *Consideraciones de un apolítico*, Madrid, Capitán Swing.
- MANN, Th. (1955): *Sorge um Deutschland, Sechs Essays*, Frankfurt/Main.
- PRESTON, D. (2008): *Antes de Hiroshima. De Marie Curie a la bomba atómica*, Barcelona, Tusquets, (edición original 2005, traducción de Victoria Ordóñez).
- ROLLAND, R. (2014): *Más allá de la contienda*, Madrid, Capitán Swing, (prólogo de Stefan Zweig; traducción de Carlos Primo).
- ROUZEAU, S.A. (2014): “1914: La brutalización del mundo”. Entrevista. www.sinpermiso.info 13 de julio de 2014.
- RUSSELL, B. (1991): *Autobiografía*, vol. II, Barcelona, Edhasa.
- SACRISTÁN, M. (1985): “La veracidad de Goethe”, *Lecturas*, Icaria, Barcelona.
- TARDI, V. (2010): *¡Putá guerra! 1914-1919*, Barcelona, Norma editorial.
- VIEGA, F. y MARTÍN P. (2014): *1914-1923. Las guerras de la gran guerra*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

Recibido: 1 de julio de 2014

Aceptado: 17 de septiembre de 2014

Salvador López Arnal es profesor de ciclos formativos del IES Puig Castellar y tutor de Matemáticas en la UNED. Es autor de *La destrucción de una esperanza* (Akal, Madrid, 2010), *Entre clásicos* (La oveja roja, Madrid, 2012) y *El marxismo sin ismos de Francisco Fernández Buey* (Málaga 2014). Colabora normalmente en la revista *El Viejo Topo* y en el diario electrónico *rebelión*. Ha editado algunos libros y artículos de sus maestros Manuel Sacristán Luzón y Francisco Fernández Buey. salarnal@gmail.com